

EL MISTERIO DE LA TERCERA CUEVA



PER OLOV ENQUIST



Siruela

El misterio de la tercera cueva

Per Olov Enquist

Ilustraciones de
Katarina Strömgård

Traducción del sueco de
Francisca Jiménez Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Cubierta
Portadilla
La muerte de Mischa
El campamento abandonado
El mapa lituano
El enemigo desaparece
Marcus interviene
La señal del oso
La serpiente en la entrada de la cara norte
El cachorro de mamá loba
La aparición del enemigo
El oso interviene
El manzano en la cima de la montaña
Créditos

La muerte de Mischa

1

El verano de 2005 murió Mischa. Era una perra de raza laika de Siberia oriental que había enfermado en mayo.

En el cuaderno de bitácora, el gran cuaderno de notas en el que el jefe de la expedición tenía que anotar todo lo sucedido antes y después de los hechos del verano de 2006, la primera anotación que se puede leer es: «24 de julio de 2005. Se acuerda la muerte de Mischa. Salida a las 14.30».

Lo de que «se acuerda» la muerte de Mischa suena raro, lo sé. Pero la historia había empezado y acabado con un entierro, primero el de un perro y después el de una loba. Se había iniciado relatando cómo murió Mischa y había finalizado con el entierro de mamá loba debajo del manzano.

Pero no es tan triste como parece.

Además, el abuelo había dejado de fumar. Se había pasado todo el verano quejándose de lo mucho que le apetecía fumar y lo vacía que le parecía la vida. A todos les resultaba muy molesto. Esto es solo un paréntesis. Lo que está claro es que lo sucedido tres años atrás en la Montaña de las Tres Cuevas no había dejado tranquilos a los niños en absoluto.

Todos querían volver.

Tres años después de que Marcus y sus hermanas salvaran al cachorro de lobo, tres años después de que Cecilia, con su perra Mischa, bajara la Montaña de las Tres Cuevas «en un largo y peligroso viaje» (esa era la expresión que usaban siempre cuando lo recordaban juntos) y salvara al abuelo, que se había roto la pierna debido a su enorme torpeza, tres años después de todo eso, los chicos volvieron a Söderås, la casa que tenían en la zona occidental de Värmland, la que estaba al pie de la montaña.

Todos los nietos querían volver allí. Estaban muy preocupados por la loba y por su cachorro, se preguntaban qué habría sido de ellos. ¿Dónde estaría el oso que vivía en la tercera cueva? Un hombre que habló con Marcus le dijo que tuvieran cuidado con los alemanes que cazaban lobos. Pero aunque parezca raro, el abuelo tenía ganas de ir y al mismo tiempo los paraba.

–No va a ser tan divertido como la vez anterior –dijo.

–No quiero que sea divertido –contestó Marcus–. Quiero saber cómo está mi oso.

–¡Tú no tienes ningún oso! –dijo Gabriel, que por entonces era demasiado pequeño para acompañarlos, así que Marcus no contestó, no era necesario.

–¡Y yo quiero volver a ver al cachorro de lobo que durmió conmigo en mi cama! –dijo Mina.

–¿A qué le tienes miedo, abuelo? –preguntó Marcus.

No recibió respuesta. Habían operado al abuelo del corazón la primavera de 2004 y a veces estaba muy pálido.

–Volvamos otra vez –dijo Mina.

–No se puede volver a hacer algo así –dijo el abuelo–. Además, tengo muchas ganas de fumar.

–¡Mucho hablar y poco hacer! ¡Volvamos! –dijo Gunilla, que estaba casada con el abuelo y era la que tomaba las decisiones.

Así que emprendieron el viaje. La casa se llamaba Söderås. Habían cambiado muchas cosas. Mischa, la laika siberiana, había muerto.

2

Mischa murió el 24 de julio de 2005 en una clínica veterinaria de Estocolmo, con el consentimiento del abuelo y de Marcus.

¿Se puede empezar así? «Consentimiento» suena fatal.

Nadie pensaba que Mischa fuera tan débil, pero tal vez los niños también deberían haber comprendido que era eso lo que tenía que ocurrir al final. Mischa tenía ya diecisiete años. El abuelo les explicó que se suelen contar así: cada año de un perro equivale a siete de los de una persona. Lo que significa que Mischa, en realidad, si se contaban sus años como los de una persona, tenía ciento diecinueve.

Siete por diecisiete.

Y lo cierto es que enseguida te dabas cuenta de que Mischa estaba ya muy vieja.

Cuando en una ocasión guio y ayudó a Cissi a bajar la montaña, a pesar de las «terribles condiciones climáticas y de que las rocas estaban resbaladizas por la lluvia» –como luego se relataría en el libro *La Montaña de las Tres Cuevas*–, nadie pensó que era vieja. Pero luego las patas se le quedaron rígidas y apenas veía. Ya se sabe que los perros viejos pueden quedarse ciegos, pero lo que le sucedió a Mischa nos sorprendió un poco.

Marcus fue el primero en darse cuenta.

Le preguntó al abuelo si a Mischa le ocurría algo, pues se movía de un modo raro, como si no viera. El abuelo le dijo que los perros que tienen más de cien años de los de las personas suelen quedarse ciegos.

–Abuelo –dijo Marcus– y tú ¿qué edad tienes?

El abuelo dijo que setenta y cinco años. Y entonces, Marcus, que tenía nueve años y facilidad para el cálculo, le preguntó al abuelo cuántos años tendría él si fuera un perro, y el abuelo le contestó que no lo sabía porque él no era un perro. Pero Marcus hizo el cálculo en silencio y le dijo:

–¡Si fueras un perro tendrías algo más de diez años! Así que te faltan siete años de perro para quedarte ciego.

–¡Yo no soy un perro! –repitió el abuelo con una voz que no era de enfado, sino más bien la de un viejo maestro de escuela. A veces le salía ese tono irritado, debido a que su madre había sido maestra en un pequeño pueblo del bosque en la región de Norrland. Ella hablaba de forma «clara y didáctica». Y el abuelo también. Como si todos los que lo escuchaban «tuvieran necesidad de aprender». En cualquier caso, lo que le respondió a Marcus fue: ¡Yo no soy un perro! ¡Tengo vista de lince!

–Sí, pero con setenta y cinco años humanos debes estar ya medio ciego –insistió Marcus.

Entonces el abuelo sacó un periódico, se lo puso a un metro de distancia y leyó:

–¡Zlatan metió un *hat trick*!

Con lo que, naturalmente, no demostró nada.

Pero lo de Mischa era preocupante.

Marcus fue el primero en descubrirlo. Ocurrió cuando la pobre perra empezó a «darse cabezazos contra la pared». Caminaba tambaleándose y a paso de tortuga, como a cuatro kilómetros por semana, decía Marcus, y de repente ¡paf!, chocaba contra la pared y se detenía, como si estuviera muy confusa. Luego se daba la vuelta, lentamente, y proseguía su camino hasta llegar a la pared siguiente y de nuevo ¡paf!, la cabeza contra la pared. Después de haberse dado unos cuantos golpes se quedaba ahí, sin moverse, completamente desconcertada.

Después sería peor aún.

Era como si las patas ya no la sostuvieran. Cuando se despertaba por la mañana y Marcus, o Mina, o Malva, o Moa, o Cissi, le llevaban la comida, apenas podía levantarse. Se quedaba tumbada, con aspecto melancólico. Luego se ponía de pie con dificultad y sacudía todo el cuerpo. Se notaba que le dolía.

Y de nada servía que Marcus se sentara a su lado y la acariciara.

–No se encuentra bien –decía el abuelo–. Es algo que no se puede negar. Es demasiado vieja. Primero te haces viejo, luego *demasiado* viejo. ¿Entiendes?

–¿Y entonces qué pasa?

–Pues que te estampas contra la pared. Y entonces se acabó.

–¿Y a ti te va a pasar lo mismo?

Pero el abuelo no respondió. Pensaría que no era necesario, o tal vez no sabía

qué decir. Pero el verano de 2005 todos los nietos del abuelo empezaron a entender que Mischa no tardaría en morir.

En el cuaderno de bitácora no hay casi nada anotado. Es difícil escribir sobre ciertas cosas, especialmente en un cuaderno de bitácora.

–¿Quién quiere acompañarme al veterinario? –preguntó el abuelo–. Sé que es duro, pero quiero que venga alguno de vosotros.

En la habitación se hizo un silencio absoluto, los niños se sentaron en el suelo formando un círculo y Moa se echó a llorar, pero los demás intentaron controlarse.

–¿Quién me acompaña? –dijo otra vez el abuelo, y Cissi miró al techo y le hubiera gustado hacer lo mismo que Moa, pero Cissi era ya mayor para llorar y tenía un novio pelirrojo.

–¿Quién quiere venir? –insistió el abuelo–. ¿Cissi? No. ¿Moa? ¿Mina? No. ¿Gabriel? No, solo tienes siete años; eres muy pequeño aún.

Los niños se quedaron en silencio.

–¿Marcus? ¿Me acompañarás a que le pongan a Mischa la última inyección? ¿Al veterinario? ¿Estás dispuesto?

–Te acompañaré, abuelo –dijo Marcus–. Si Mischa quiere, estoy dispuesto.

–Creo que Mischa quiere –dijo el abuelo.

Y así fue como Marcus estuvo presente en el momento de la muerte de Mischa. Así es como empieza la historia en realidad.

3

La noche anterior a la muerte de Mischa, Marcus no se podía dormir.

Soñó que iba a ver a Mischa, que estaba en la cama de un hospital. Y que Mischa le decía, en sueños, claro, pero por lo visto le habló y le dijo: «Marcus, ayúdame porque me duele tanto el cuerpo que creo que ha llegado la hora de morir».

Sonaba terrible.

«¿Y qué puedo hacer yo?», dijo Marcus en el sueño, «¿qué quieres que haga?». Y entonces Mischa se levantó de la cama, moviendo la pata como si quisiera enseñarle algo, y le dijo: «¡Eres mi mejor amigo y si te pido que me ayudes, tienes que hacerlo!». Sonó como una orden y, al oírla, Marcus, en sueños, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y le faltaba el aliento. «Sí, pero ¿cómo?», le dijo Marcus, y entonces Mischa le contestó en un tono casi solemne: «¡Lo sabrás cuando llegue el momento! Y cuando yo muera, quiero atravesar volando la montaña hasta salir por el otro lado y luego aterrizar en el valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas».

Eso último le sonó tan raro que Marcus se despertó y no se podía volver a

dormir.

«El valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas». Eso del valle azul era muy muy extraño, la verdad. Pero Mischa lo había dicho. Después, se acostó pensando: «Hoy es el día en que el abuelo y yo iremos con Mischa al veterinario».

Oía que Mischa, que estaba tumbada a su lado, se quejaba de dolor. Por eso tenían que ir al veterinario, que era el médico de animales y se iba a encargar de que Mischa se quedara dormida y no sufriera más, según le había dicho el abuelo.

Aunque le había prometido al abuelo que lo acompañaría, Marcus no lo tenía del todo claro, porque no sabía si quería ir. Pero las niñas –Cissi, Mina y Moa– lo único que hacían era quedarse ahí sentadas sollozando, gritando y retorciéndose, así que estaba un poco harto de ellas. Quería demostrarles que al menos él podía comportarse como un hombre.

Aunque la verdad es que tenía bastante miedo. Pero entonces el abuelo lo miró un momento sin decir nada, y luego dijo que le parecía bien, que Mischa seguramente querría tener a su mejor amigo al lado cuando tuviera que marcharse.

–«Al valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas» –dijo Marcus, y los demás se quedaron sin comprender nada.

«En algunas situaciones es mejor que no te entiendan que no tener nada que decir», pensó Marcus. «Especialmente en esta».

Así que salieron. Eran algo más de las tres de la tarde. El abuelo tuvo que llevar a Mischa en brazos hasta el coche.

4

Marcus se sentó en el asiento trasero del coche.

Se puso enseguida el cinturón de seguridad, porque solo faltaría que tuviesen un accidente y se hiciese daño, y colocó la cabeza de Mischa en sus rodillas. No hay cinturón de seguridad para perros, pero Marcos la sujetaba y la abrazaba con fuerza por si el coche hacía algún movimiento brusco.

–¡Santo cielo! –dijo el abuelo al final del viaje, aunque no sabía bien a qué se refería. Fue después de que Marcus empezara a hacerle preguntas.



Marcus había ido balbuceando casi todo el tiempo para no tener que pensar adónde iba.

–Sé que tenemos que ayudar a morir a Mischa, pero ¿por qué *tenemos* que hacerlo? –preguntó

–Porque Mischa está ciega y casi no puede andar, y debemos procurar que su partida sea apacible –dijo el abuelo.

Marcus preguntó qué significaba *apacible*, si quería decir que no le iba a doler. Luego estuvo pensando un rato un rato y le preguntó a su abuelo si siempre había que hacerlo así cuando eres viejo y te quedas ciego e inválido.

Y el abuelo le dijo que sí. O al menos en ese caso, en el de Mischa, ya que se estaba muriendo y nosotros la queríamos mucho.

–¿Tiene que hacerse siempre así? –preguntó Marcus–. ¿Con las personas también?

–Es una pregunta difícil –dijo el abuelo, y añadió que en cualquier caso era

correcto hacerlo con Mischa, ya que nos había ayudado mucho y todos la queríamos.

–Pero... –dijo Marcus–. ¡Y tú, abuelo, por ejemplo! Si te quedaras medio ciego y más cojo de lo que ya estás a veces, ¿tendríamos que ayudarte a morir también?

–¡Pero yo soy *una persona*! –dijo el abuelo levantando la voz–, y además ¿a qué te refieres con lo de cojo?

–Pues eso, que andas medio cojeando, con la pierna rígida.

–¡Pero bueno! –dijo el abuelo casi a gritos–, eso fue después de que me rompiera la pierna al subir la montaña en nuestra primera expedición. ¡Cuando subí a rescataros! No es lo mismo, ¿verdad?

–¿Cómo? –dijo Marcus–. ¿Que nos rescataste? Pero si fuimos nosotros los que...

–¡Yo no estoy ciego ni paralítico! –dijo el abuelo enfadado.

–No, claro, pero tienes setenta y cinco años y si los multiplicas por siete, resulta que en edad perruna tienes quinientos veinticinco años y eso es...

–¡No lo calculas bien! –interrumpió el abuelo en tono decidido–. ¡Tienes que contar al revés! ¡Y yo no soy un perro! Hay cierta diferencia.

–¿A qué te refieres? –preguntó Marcus con obstinación.

–¡Es distinto! –contestó refunfuñando, o tal vez fue un gruñido.

Pero entonces Marcus volvió a preguntar si se hacía lo mismo con las personas, especialmente con el abuelo. Porque era bastante viejo.

–¡Bueno, ya está bien! –dijo el abuelo un par de veces.

Se le veía bastante enfadado, pero debía ser que estaba triste porque Mischa no tardaría en morir. Y entonces Marcus, al ver que el abuelo ya no estaba tan contento y bromista como de costumbre, le dijo:

–Aunque nosotros te queremos y tú también nos has ayudado mucho. Igual que Mischa. Pero cuando te quedes ciego y cojo del todo, por ejemplo, ¿tendremos que llevarte también al veterinario?

–¡Yo no estoy cojo! –dijo el abuelo.

Entonces, Marcus dijo como explicación:

–Gunilla comentó ayer que a veces cojeas bastante.

Y fue precisamente entonces cuando el abuelo gritó: «¡Santo cielo!», pero justo en ese momento llegaron a la puerta de la clínica veterinaria.

Entraron. El abuelo llevaba a Mischa en brazos. Andaba muy deprisa, pero Marcus fingió no darse cuenta y, aunque le parecía bastante gracioso, lo dejó ir sin darle importancia.

–Pesa más de treinta kilos –dijo el abuelo.

Aunque no valiese la pena decirlo.

Llegó un veterinario con bata blanca, que le dio unas palmaditas a Mischa en la cabeza y elogió su belleza, o al menos dijo que tenía «una hermosa cabeza», aunque tal vez lo hiciera siempre que ponía una inyección, pensó Marcus.

Quizá había una normativa para eso, para lo que tenían que decir.

Luego el veterinario les indicó el camino y llegaron a lo que él denominaba «el cuarto de dormir».

Era una habitación de unos quince metros cuadrados, sin ventanas. Estaba pintada de azul y tenía una alfombra verde, encima de la cual había dos sillas con apoyabrazos y asiento acolchado. Entre las dos sillas había otra alfombra. El abuelo se agachó con cuidado y dejó a Mischa sobre la alfombra, que miró hacia arriba un poco desconcertada, aunque luego volvió la vista hacia el lado donde creía que estaba Marcus, como si se preguntara qué ocurría.

Entonces Marcus empezó a llorar, pero enseguida se controló.

El doctor dijo que la primera inyección era solo para que se tranquilizara, y Marcus dijo:

–¡Entonces a mí no me la ponga, yo estoy bastante tranquilo!

–No, la inyección es para Mischa, no para ti –dijo el doctor, y también les dijo que tenían que quedarse allí sentados un momento, tranquilizarse y hablar con Mischa, hasta que él volviera para ponerle la última inyección.

–¿Y de qué vamos a hablarle? –preguntó Marcus.

El doctor les dijo que simplemente tenían que recordarle cosas divertidas y todo lo que habían hecho juntos. Luego le puso la inyección tranquilizante y salió.

–Santo cielo –dijo el abuelo otra vez, pero en esa ocasión en un tono más amable.

Parecía que no supiera qué decir y que las palabras casi se le habían acabado. Lo cierto es que tanto el abuelo como Marcus estaban medio sollozando y la única que estaba totalmente tranquila era Mischa. Entonces el abuelo dijo algo así como:

–¡Ahora tenemos que estar unidos! ¡Tenemos que estar unidos! ¡Unámonos! No podemos sentarnos aquí y estar tristes, porque Mischa podría ponerse triste también y no hemos venido aquí con esa intención, ¿verdad?

–Creo que no –dijo Marcus.

–No te he traído para eso –dijo el abuelo.

–Tienes razón –dijo Marcus–. ¿Quieres hablarle tú para que se tranquilice o lo hago yo?

–Habla tú con ella y tranquilízala todo lo que puedas –dijo el abuelo.

No se lo podía creer.

Al abuelo, que era escritor, se le habían acabado las palabras. Precisamente cuando más las necesitaba.

–¿Me puedes explicar qué pasa cuando alguien se muere? Yo no lo entiendo –dijo Marcus–. ¿Qué le pasará a Mischa cuando se muera y ya no le duela nada, y no esté

ciega ni se dé golpetazos en la cabeza que suenen ¡paf!?, en fin, cuando se muera, ¿qué pasa de verdad? ¿Desaparece todo el cuerpo o solo la cabeza? ¿Qué es lo que se *eleva* en realidad? Y otra cosa, ¿irá Mischa al cielo? ¿Como tú y como yo?

–No estoy seguro –dijo el abuelo con voz grave–. Bueno, verás, lo del cielo es algo complicado. Pero tal vez los perros también vayan al cielo.

–¡Tal vez! –dijo Marcus indignado al notar cierta inseguridad en la voz del abuelo–. ¡¿Qué quiere decir eso?! ¿No estás seguro?

Pero el abuelo se limitó a toser para despejar las vías respiratorias después del leve resfriado que había tenido.

–¡Imagínatelo! –dijo Marcus–. Todos esos perros que son *raptados*, como sueles decir tú y luego suben, al cielo claro, o los que simplemente se mueren ¡debe haber una enorme aglomeración de perros allí arriba! Y algunos son agresivos y muerden... ¿Va a tener que estar Mischa allí arriba apretada en medio de todos?

–No –dijo el abuelo–. No lo creo. Supongo que al subir al cielo se volverán buenos y no morderán. Y los perros agresivos se convertirán en... ¿Cómo se dice?

–¿En *transformados*? –dijo Marcus–. ¿En perros pequeños que no muerden? ¿O los encierran en algún sitio donde solo hay perros agresivos y mordedores?

–No está del todo claro –dijo el abuelo.

–¿Pero cómo funciona en realidad? ¿No se queda el cuerpo en la tierra?

–Sí –masculló el abuelo, que lo seguía con dificultad y antes de responder hacía largas pausas–. Lo único que sale del cuerpo es el espíritu –dijo al fin como explicación.

–¿El espíritu? –dijo Marcus–. ¿Cómo?

–Sí, se lo conoce más bien como el alma. Es lo que usamos para pensar. Y lo que hace que nos sintamos alegres o tristes. Es como si el alma se esfumara del cuerpo y lo que quedara es el caparazón. Algo así. ¿Entiendes?

–¡Qué emocionante! –dijo Marcus rascándole a Mischa detrás de las orejas–. ¡Es fantástico! Como si se evaporara, ¿no? ¿Como cuando hierve el agua?

–Sí, el alma abandona la tierra y el cuerpo permanece –dijo el abuelo de un modo impreciso, como leyendo en voz alta.

–Se evapora –dijo Marcus–. ¿Lo sabrá Mischa, para que no tenga miedo?

–Creo... creo que sí –respondió el abuelo.

–Mischa –dijo Marcus, después de estar un rato sentado en silencio, con voz algo temblorosa, aunque intentando aparentar que lo que iba a contarle a Mischa era bueno y divertido–. Mischa... así que no debes... no debes tener miedo. Solo vas a... evaporarte... Mischa. Solo vas a evaporarte...

Marcus se sentó en el suelo, puso la cabeza de Mischa en su regazo y se la acarició; y como el abuelo parecía que se había quedado paralizado sin saber qué decir y simplemente estaba ahí sentado mirándolos, Marcus decidió empezar a contarle cosas.

El abuelo decía que no es lo mismo «contar» que relatar. Que relatar algo es como más solemne. Y el veterinario les había pedido que contaran recuerdos divertidos y cosas así.

–Mischa –dijo mientras le rascaba–. Ahora tenemos que recordar algo divertido y contarlo, tenemos que hacerlo porque lo ha dicho el veterinario, Mischa, ¿estás ahí? Recuerdo –le susurró a Mischa que yacía inmóvil en sus rodillas– que hace unos veranos hicimos una excursión a la Montaña de las Tres Cuevas. Y teníamos un campamento base con provisiones en la primera cueva: había chocolatinas Daim, helados y plátanos, pero sobre todo chocolatinas, y estábamos todos allí. Mina, Cissi, Moa, el abuelo y yo. Y en cuanto llegamos a la segunda cueva el abuelo se cayó por un barranco porque estaba algo patoso. Y se rompió la pierna. Y lo sacamos... Lo arrastramos entre todos hasta la segunda cueva. Y estábamos todos juntos y tú nos ayudaste a encontrar...

–Marcus –dijo el abuelo–, no cuentes eso, no llores.

–Y allí estaba... Mamá loba... Mamá loba... Con su cachorro, expuestos a un riesgo terrible porque había cazadores extranjeros que podían matarlos. Y empezó a llover. Así que tuvimos que pasar la noche en la segunda cueva. Pero mamá loba era buena y no nos hizo nada. Y Cissi y tú decidisteis separaros para buscar ayuda. Tú eras la única que podía encontrar el camino de regreso a Söderås, donde estaba el servicio de rescate y, a pesar de las dificultades y peligros, logramos... logramos... Tú...

–Marcus –dijo el abuelo–. Marcus, por favor, no estés triste.

En ese momento entró el veterinario. Se limitó a mirar a Marcus y a Mischa, que estaban sentados en el suelo, y parecía que no sabía qué hacer, pero el abuelo asintió con la cabeza y le dijo que ya estaban preparados.

Entonces el doctor se agachó; llevaba una jeringuilla en la mano y se la inyectó, rápidamente. Mischa miró hacia arriba un instante, como sorprendida; luego volvió a echarse lentamente sobre el regazo de Marcus, cerró los ojos y se durmió.

–Mischa se ha dormido ya –dijo el veterinario, que se quedó un momento de pie, mirándolos.

Marcus dejó de rascarle la cabeza a Mischa, levantó la mano con cuidado y la abrió, como si quisiera mostrar que algo se evaporaba. Como si de Mischa saliera una pequeña nube que se elevaba.

–Mischa se está evaporando y subiendo al valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas –susurró.

Pero el veterinario y el abuelo solo lo miraron, sin saber qué decir. Después el doctor se marchó.

Y ellos se quedaron media hora esperando, porque era lo que había que hacer.

Había que esperar media hora y pensar en Mischa, en cómo era antes de que se evaporara y subiera al valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas.

Luego llevaron a Mischa al coche con ellos. Iban a enterrarla en casa, debajo del manzano, en el jardín.

–¿La llevas tú o la llevo yo? –dijo el abuelo.

–Yo la llevaré –dijo Marcus–. Ahora pesa menos.

Así que se fueron con Mischa. Marcus la llevó en brazos hasta el coche.

7

El abuelo cavó una fosa en el jardín de su casa, en Waxholm.

La fosa tenía alrededor de un metro y veinte centímetros de profundidad; envolvieron a Mischa en su manta favorita y la enterraron.

Debajo del manzano.

Se reunieron todos los nietos. Estaban Cissi, Mina, Marcus, Moa y Gabriel, y el abuelo leyó una breve oración. Marcus le dio las gracias a Mischa en representación de los niños por lo que había hecho por todos ellos, el abuelo esparció un puñado de tierra por encima de la fosa y, como se hacía en los funerales de los seres queridos, perros incluidos, saludó a los que se embarcaban rumbo a lo desconocido con estas palabras: «Que el bienestar y la suerte te acompañen en los siete mares», y luego cantaron al unísono el «Himno de Gloria».

Eso fue lo que ocurrió cuando murió Mischa.

En cierto modo, fue el inicio de la aventura del misterio de la tercera cueva. Nuevos miembros se sumarían a la expedición. Mischa tendría un sucesor. Todo ocurriría al verano siguiente, cuando el oso, el lobo y la serpiente regresaran y se unieran a ellos; el verano en el que se desvelaría el misterio de la tercera cueva.

El campamento abandonado

1

Las aventuras del oso, el lobo y la serpiente ocurrieron el verano de 2006, un año después de la muerte de Mischa. Ese verano, el abuelo y Gunilla vivían en una casa situada al pie de la Montaña de las Tres Cuevas, al oeste de Värmland.

Todos los nietos estaban con ellos. También un perro que se llamaba Pelle.

Se podía vivir sin perro, como decía el abuelo. Pero para un escritor como él, era antinatural no tener uno.

Solía utilizar esa palabra. Marcus creía que sabía lo que significaba «antinatural». Era algo que iba totalmente en contra de la naturaleza. Pero Cissi, que se acababa de echarse un novio de diecinueve años y pelirrojo, opinaba que el abuelo exageraba un poco. «Los perros son más importantes que los novios», decía el abuelo. «Los novios vienen y van, pero un perro como Mischa es lo mejor».

A Cecilia le parecía que eso era infantil, aunque una vez estuvo a punto de cambiar de opinión y estar de acuerdo con él: Cecilia –a la que antes llamaban Ia y ahora era Cissi– llamó por teléfono al abuelo un sábado en que, enfadada, había roto con el pelirrojo de diecinueve años, y le dijo que estaba de acuerdo con él en que un perro es, al fin y al cabo, más humano y fiel que un novio pelirrojo. Pero el domingo siguiente, el pelirrojo propuso una tregua y se volvieron a «unir en amor y armonía», y entonces a Cissi le pareció que, a pesar de todo, los novios son mejores que los perros.

Sin embargo, el caso es que, de algún modo, la cuestión del perro había unido a Cecilia y al abuelo.

Durante el verano había que mantener unido al rebaño. Todos los nietos pasaban el verano en Söderås, bajo la tutela y cuidado del abuelo y de Gunilla. Por la noche rezaban sus oraciones, porque el abuelo insistía en que lo hicieran. Mantenía así la promesa que le había hecho a su madre unos setenta años atrás de rezar todas las noches con los niños. Juntaban las manos pidiéndole a Dios protección para todos; los niños pensaban que ser Dios debía ser un trabajo muy duro, y ser Jesús peor aún. Mucha oración y mucha tarea que hacer. Pero las oraciones siempre terminaban con «Dios mío, te pedimos también que cuides de Gunilla y de Per Olov pues él no es lo peor». Y después se decía «¡Amén!» y todos aplaudían.

Pero muchas veces el abuelo y los niños se fiaban más de un perro que de una persona cuando necesitaban ayuda.

Ciertamente, no tener perro era algo completamente antinatural.

2

El 21 de noviembre de 2005, alrededor de las cinco de la tarde, el abuelo, Marcus y Mina fueron juntos en el coche a Söderhamn a recoger al sucesor de Mischa, que ya habían decidido que se llamara Pelle.

Era un perro, un schnauzer de tamaño mediano.

En realidad fue el abuelo quien decidió el nombre en aquella ocasión. De pequeño no había podido tener perro porque su madre, que era maestra en Hjoggböle, era muy estricta. Ni siquiera tuvo un gato. Y luego, cuando se casó –y se había casado unas cuantas veces, bastantes de hecho–, sus mujeres tampoco le dejaron tener perro, porque decían que se les caía el pelo. A los perros, claro.

Una noche, el abuelo, cuando llegó el momento de contarles el cuento, les dijo a los niños que muchas veces, durante su larga vida sin perro, se quedaba tumbado en absoluto silencio en la oscuridad de la noche, al lado de sus mujeres, una tras otra, sollozando y añorando tener un perro. ¡Pero no podía tenerlo! Las mujeres le habían dicho que no, que nada de perros, ¡nada! Totalmente prohibido. ¡Se les cae el pelo! Era lo que le habían dicho una tras otra. Pero mientras sollozaba en la oscuridad, había decidido encontrar alguna vez a una mujer que le dejara tener perro. Y le llamaría Pelle.

No lo dudó. Y al final encontró a una que lo aceptó..., pero ¡el perro tenía que llamarse Fanny! Siguió buscando hasta que encontró a otra mujer que también aceptó que tuviera perro y, ¡por fin, el pobrecillo podía llamarse Pelle!

El abuelo ya no tuvo que seguir sollozando en la oscuridad, según les contó a los nietos. Y era feliz.

Cuando contó el final de ese largo relato acerca de los perros y de las malvadas mujeres que, o no le dejaban tenerlo, o le ponían un nombre equivocado, como tenía final feliz, todos los niños se pusieron a dar saltos de alegría y aplaudieron entusiasmados, excepto Cissi, que estaba afuera acompañada de su novio pelirrojo de diecinueve años.

Pelle tenía ocho semanas cuando fueron a buscarlo, y Marcus mantuvo una larga conversación con el criador acerca de las cualidades que poseía o podía desarrollar el pequeño cachorro. Además, Marcus le insistió al criador en que el cachorro tenía que «ser capaz de iluminarse».

Marcus, a pesar de que solo tenía nueve años, había visto una película que no era apta para niños, titulada *El resplandor*, y sabía que las radiaciones existen.

Era una película terrorífica. El padre era un escritor malo y por eso se ponía nervioso y hacía agujeros en las puertas con un hacha y luego metía la cabeza por ahí y gritaba: «¡Papá está aquí!». El abuelo decía que eso les pasa a todos los escritores que no escriben bien, que se suelen poner nerviosos y dar hachazos. En la película había un muchacho que podía ver fantasmas y que tenía un amigo, un hombre viejo, que también tenía ese poder mental al que llamaban «resplandor» y era el único que se tomaba en serio al chico. Y aunque todos creían que lo del resplandor era una tontería, el muchacho y el hombre mayor eran los únicos que lo entendían. Pero quedaba demostrado que el resplandor existía, aunque solo debía utilizarse en situaciones de mucho peligro.

Como por ejemplo, lo que había ocurrido hacía tres años en la Montaña de las Tres Cuevas, cuando el abuelo se quedó indefenso al romperse la pierna, aunque luego se recuperó y escribió un libro acerca de lo sucedido, con Marcus como superhéroe. Cuando Marcus se enteró, dijo: «¡No me digas! ¿Un libro?». Pero después no le pareció que fuera nada especial.

–La facultad de iluminarse –dijo Marcus a los desconcertados criadores de perros– es una especie de discurso mudo. Un perro debe ser capaz de transmitir su energía luminosa a una mujer, por ejemplo a Mina. Si Mina se encontrara en un apuro, debería ser capaz de percibir la energía luminosa de un perro de rescate como Pelle.

–¡Corta el rollo! –dijo Mina.

–¡Es verdad! –replicó Marcus.

–¡Corta el rollo!

–Es verdad. Por mucho que te burles y digas «una mierda».

–Una mierda –dijo Mina–. Pero el perrito me parece un encanto, con o sin energía luminosa.

–¡No quiero que digas palabrotas –dijo el abuelo.

Tres años atrás, una noche de agosto, Mina se metió en un saco de dormir mojado en lo más profundo de la oscuridad de la segunda cueva, con el lobezno apretado junto a ella, y en la entrada de la cueva apareció mamá loba, que volvía a buscar su cachorro herida por los disparos. Más tarde pensó que si no había tenido miedo en esa ocasión, nunca más lo tendría. *!Mierda!*

«Entonces fui valiente y muy decidida», se dijo a sí misma. Aunque luego, cuando enterraron a Mischa, se quedó de pie llorando debajo del manzano. No entendía cómo Marcus había podido dar un discurso al lado de la tumba. Hasta el abuelo lloraba.

Después pusieron una caracola enorme encima de la tumba.

–Un perro tiene derecho a descansar debajo de un manzano cuando ha muerto serenamente –dijo el abuelo.

–¡Querrás decir cuando se ha evaporado! –corrigió Marcus.

3

Pelle era un perro macho y fue la sensación de ese verano, cuando todos se reunieron en la casa al pie la Montaña de las Tres Cuevas.

Ese verano de 2006 Pelle aún no había terminado de crecer y era un perro de tamaño mediano con un bigote increíblemente grande. *Schnauzer* procede del alemán y significa bigote. De ahí el nombre. Pelle era listo y valiente, y si llegaba un perro más grande y le ladraba o le enseñaba los dientes babeando, él no se asustaba nunca, solo daba un paso atrás con toda tranquilidad y movía la cola.

Había una sola cosa que le daba miedo: el agua.

Cuando era muy pequeño, una vez se cayó en un agujero en el hielo, y a partir de entonces odiaba el agua. Podía dar una rodeo enorme si veía un simple charco en la carretera. Le tenía pánico al agua, pero Marcus opinaba que eso era bueno, que era propio de un carácter fuerte. Cuando alguien preguntaba cómo aquello podía ser propio de un carácter fuerte, Marcus decía simplemente que Pelle no fumaba y que, si eso no era una prueba de un carácter fuerte, qué otra prueba había.

Nunca se sabía bien si Marcus hablaba en broma o en serio.

El verano de 2006 fue cuando ocurrió la historia del mapa falsificado.

4

El abuelo dibujaba mapas. Se le daba bien.

Eran mapas de orientación con todo tipo de detalles, y los dibujaba a mano. Lo hacía desde que era un crío, según decía. Había empezado dibujando mapas del pueblo donde nació, muy detallados, con curvas de nivel, bosques y edificaciones. Al principio dibujaba en los mapas las cosas tal como eran, pero después empezó a dibujar mapas falsos, con montañas que no existían, cabañas y barrancos que no estaban en realidad, pero donde se podían construir escondites para meter tanques en caso de guerra, así fue como se inventó los mapas falsificados. Y así fue como empezó a dibujar mapas de orientación en papel encerado en el suelo de la cocina, en la sencilla cabaña en la que él y su madre vivían su «mísera existencia», como solía decir cuando quería inspirar compasión y recibir fuertes aplausos de los nietos en el momento de contar la historia de la noche.

Aunque Marcus había averiguado cómo eran realmente. Y la verdad es que no eran tan pobres. Tenían suficiente comida todos los días, pero «algunas personas harían cualquier cosa con tal de que les aplaudan», como dijo Cecilia una vez después de que contara una historia y dijera que él y su pobre madre tenían que

mordisquear la corteza de los árboles para no morir de hambre. Eso fue antes de que ella no tuviera tiempo para escuchar las historias que contaba el abuelo por la noche, le contestó él en tono amargo.

El abuelo sabía dibujar mapas de orientación.

Eso tendría cierta importancia en lo que sucedió una semana después de que los niños volvieran a reunirse en la casa, al pie de la enorme Montaña de las Tres Cuevas, en la casa llamada Söderås.

La casa que tres años antes había sido el campamento base primero, antes de escalar la montaña.

5

La casa estaba al pie de la montaña.

Debajo de la casa había un lago, a unos doscientos metros al norte de la casa. Vällen era el nombre del lago. Era bastante estrecho, de unos cien metros, pero muy largo, doce kilómetros tal vez, y llegaba hasta Noruega. En verano solían venir piragüistas que habían iniciado su viaje en alguna ciudad noruega. Iban siguiendo el curso del agua, a través de ríos, cascadas y lagos, y entraban al lago Vällen por el oeste. Luego continuaban, después de arrastrar las canoas hasta pasar las cataratas en las que terminaba el lago Vällen. Y desde allí seguían bajando hasta Arvika, ya en el lado sueco.

Eso significaba que los piragüistas atravesaban la frontera entre Noruega y Suecia, pero sin cruzar la frontera. Durante la Segunda Guerra Mundial, los bosques y los ríos alrededor del pueblo de Helgeboda y el lago Vällen, se utilizaban para pasar clandestinamente exiliados de la Noruega ocupada que eran refugiados en Suecia, pero eso fue hace setenta años.

Pero ese año, el 2006, el lago seguía ahí. E iba a ser algo de vital importancia en la aventura.

El 21 de junio de 2006 había una niebla ligera sobre el lago.

En el cuaderno de bitácora que Gunilla, como secretaria que era, llevaba a diario, está anotado: «PO sale en barco a las 10.45 con Marcus y Gabriel. Pelle ayuda desde la playa».

No era tan raro como sonaba.

El barco era un bote de plástico. Era fácil de llevar, pero no cabían todos y el abuelo decidió que le acompañaran dos: especialmente Gabriel, pues no había pescado nunca y por eso estaba un poco triste, ya que la mayoría de los de su clase

sí lo había hecho. Iba a poder lanzar el anzuelo por primera vez; hasta ahora solo se había entrenado en seco, en el césped. La anotación «Pelle ayuda desde la playa» solo significaba que Pelle –que pronto cumpliría un año– seguía teniéndole un miedo increíble al agua y se negaba totalmente a poner una pata en el bote de remos.

Eso iba a cambiar en pocas horas, pero aún no lo sabía nadie.

Pelle fue corriendo por la orilla detrás de ellos, siguiendo con preocupación a sus tres amigos que iban en el bote y se mantenían bastante cerca de la orilla para que pudiera seguirlos.

Remaban en dirección oeste. Pelle corría como una sombra gris oscura a través de la densa vegetación de la orilla. No hacía ruido, solo los vigilaba.

–Pelle está cuidando el rebaño –dijo Marcus.

–Sin duda –dijo el abuelo.

Entonces ocurrió algo. Y, a partir de ese momento, nada volvería ser igual ese verano.

Había transcurrido media hora más o menos. No había ninguna anotación porque habían dejado el cuaderno en Söderås con las chicas. Había pasado media hora y estarían tal vez a un kilómetro de la orilla cuando Pelle, que hasta ese momento había estado callado como un muerto, empezó a ladrar de repente.

Había ido hasta allí corriendo en silencio, saltando por el espeso bosque de la orilla –compuesto sobre todo de pinos retorcidos y abedules–, pero en ese momento se puso a ladrar. Era el áspero ladrado de alarma que solía dar cuando llegaba a la casa algún extraño sin previo aviso, por si era un enemigo o un ladrón. El ladrado era grave y amenazante y, cuando ya estabas acostumbrado al tono manso, agradable y suplicante de Pelle cuando quería jugar, dar una vuelta para orinar o simplemente demostrar su cariño, daba miedo oír el grave ladrado de alarma. Y en ese momento les llegó, áspero, insistente y amenazante, desde la orilla.

–¿Qué pasa? –dijo Gabriel–. No ladra casi nunca.

El abuelo levantó los remos y el bote se deslizó lentamente hacia adelante. El agua brillaba.

–Debe pasar algo –dijo Marcus.

–¿Qué? –dijo Gabriel en voz baja.

El bote estaba a solo cinco metros de la orilla y completamente quieto. Vieron la cola de Pelle; estaba olisqueando algo que al principio parecía un trozo de tela.

–Es muy raro –dijo el abuelo.

–¿Qué pasa, abuelo? –volvió a preguntar Gabriel.

Pelle estaba completamente rígido y tenso, gruñendo en voz baja.

Entonces vieron lo que quería enseñarles. Era una tienda de campaña, y no

pequeña por cierto. Parecía una tienda para cuatro, cinco o seis personas. Estaba metida en la zona más espesa del bosque de la orilla, como si alguien la hubiera escondido.

–¡Qué raro! –dijo el abuelo–. Creo que vamos a echar un vistazo.

–¿En serio? –preguntó Gabriel–. A lo mejor está abandonada, abuelo.

–Esto es muy raro –dijo el abuelo y dejó que el bote se acercara deslizándose. Pelle bajó saltando hasta la orilla de la playa, pero se volvió otra vez y empezó a gruñir en voz baja sin parar.

–Muy muy raro –dijo el abuelo, que a veces se repetía de forma peculiar, como si le faltaran palabras, aunque con la profesión que tenía no deberían faltarle; cosas raras que pasan.

–¿Y si hay un cadáver ahí dentro? –dijo Marcus–. Uno de esos cadáveres en descomposición...

–¿Por qué iba a haber un cadáver? –preguntó Gabriel con voz débil, a la vez que se sentaba en las rodillas del abuelo, que no se lo impidió.

La proa de la embarcación golpeó en la orilla. Pelle miraba inmóvil hacia el interior de la tienda de campaña, como si lo que veía fuera bastante grande, de unos cinco metros de largo; uno de los postes de la tienda de campaña se había roto y la lona colgaba por el lado oeste. Eran las 11.35 del lunes 21 de junio de 2006. Fuera de la tienda había una especie de zona descanso y una fogata con restos de carbón. Marcus saltó a tierra como una pequeña pantera y, de un modo experto, cogió unos pequeños trozos de carbón, porque el abuelo les había contado que así lo hacían en los libros de aventuras para niños como *El último mohicano*.

–No están calientes, no ha estado encendida en las últimas horas –susurró de manera muy profesional.

–Espera –dijo el abuelo–. Hay algo raro en la ubicación de la tienda de campaña.

–¿Por qué no volvemos? –preguntó Gabriel, pero el abuelo simplemente sacudió la cabeza. Y de pronto Pelle se metió por la abertura de la tienda y parecía que estuviera rascando con las patas algo que había allí. Marcus lo llamó y, después de unos segundos, Pelle volvió con algo en la boca que parecía un trozo de madera pero no lo era. Enseguida todos pudieron ver lo que había encontrado. Un libro viejo y roto.

–No os mováis –dijo el abuelo–. Llamad a Pelle. Quiero ser yo el primero en entrar.

Levantó la lona de la tienda, vaciló un momento y luego entró.

Ni un soplo de viento. Todo estaba en silencio.



–¿No he venido a pescar? –preguntó Gabriel con tristeza–. No quiero ver cadáveres descompuestos, quiero pescar.

De pronto todos sintieron que hacía mucho calor. Estaban sudando.

–No quiero ver cadáveres –dijo Gabriel–. Se supone que he venido a pescar.

–Silencio –dijo Marcus–. Por favor, Gabriel, cállate.

De haber sabido las consecuencias de lo que iban a encontrar, tal vez no hubieran entrado en la tienda de campaña. Pero ya lo habían hecho.

El mapa lituano

1

Eran las 11.42 del lunes 21 de junio de 2006. Habían descubierto una tienda de campaña, pero algo no encajaba.

¿Para qué la habrían utilizado?

Algo iba mal, evidentemente. El abuelo, Marcus y Gabriel, los tres, estaban nerviosos sin saber el motivo. Había algo raro en la tienda de campaña, sobre todo en su ubicación. Parecía que estuviera sumergida en un matorral. ¿Cómo podía ocultarse una tienda de campaña? ¿Podía hacerlo por su propia voluntad? Algo –o alguien– debió querer ocultarla.

¿Sería eso lo que había notado Pelle?

Ellos sabían que Pelle no tenía miedo nunca. No le asustaba nada. Y tampoco era agresivo. No mordía a otros perros, dejaba que los niños jugaran con él; Pelle cuidaba de los niños, había sido educado para mantener junto al rebaño. Pero ahora estaba inquieto. Había percibido algo que los otros todavía no entendían.

–Pelle, envíanos una señal luminosa si hay algo –dijo Marcus nervioso.

Pelle volvió la cabeza y miró a Marcus con desaprobación, como si le molestara ser nombrado o reprendido, o como si no le gustara que le indicaran algo que él ya sabía bien o, en el peor de los casos, que se burlaran de él. No hay que burlarse nunca de los perros. Con los perros sucede lo mismo que con los niños, según les había explicado el abuelo. Pelle, que sabía lo que era una señal luminosa pero no le gustaba que se bromeara con cosas tan serias, soltó el objeto que llevaba en la boca, dejó de gruñir y siguió al abuelo dentro de la tienda de campaña.

Una o varias personas habían dormido allí. En cualquier caso, había una especie de edredón doblado a lo largo de uno de los lados. En un rincón habían tirado platos de papel bastante sucios y cinco botellas vacías de una marca de cerveza que no se vendía en Suecia. Un hornillo. El suelo estaba cubierto de hojas de periódico, pero había también un saco de tela blanco, mejor dicho, tres sacos que no parecía que hubieran contenido comida ni ropa, pero ¿qué podían contener? No podían entenderlo. El abuelo cogió uno de ellos, pero estaba vacío. Lo olió y se quedó un momento sentado en el suelo dentro de la tienda, sin moverse, mirando al frente.

–¿Qué es eso, abuelo?

Marcus había entrado, y Pelle detrás de él.

–No lo sé.

–¿Qué han hecho aquí?

El abuelo miró con atención lo que había a su alrededor dentro de la tienda de campaña. Un maletín de cuero vacío, apoyado en la pared de la tienda con una etiqueta en el asa; era de un aeropuerto, y en la etiqueta ponía Gardemoen.

–Qué raro –dijo el abuelo–. El aeropuerto de Oslo. ¿Por qué no se habrán llevado este pequeño maletín como equipaje de mano?

Pelle empezó a gruñir. Parecía que el gruñido significaba algo.

–Basta, Pelle –dijo el abuelo–. Si no nos vas a transmitir las cosas bien claras, no lo hagas. Si solo nos avisas del PELIGRO, así, de modo general, lo único que consigues es ponernos más nerviosos. ¡Piensa en los pequeños! ¡En Gabriel, por ejemplo!

Lo último lo dijo en voz muy baja por Gabriel, que tenía siete años y no le gustaba que le dijeran que era pequeño. ¡Los pequeños!

Se fijaron en los periódicos tirados que había en un rincón y en la fecha: eran de hacía dos días. El abuelo volvió del revés uno de los sacos vacíos. En el fondo de la costura había algo blanco, por lo que se humedeció el dedo, lo pasó por la tela, luego se lo metió en la boca y, al notar el sabor, se quedó helado.

–¿Qué es? –preguntó Marcus, que estaba sentado en la entrada de la tienda con medio cuerpo fuera.

–No es azúcar –dijo el abuelo como si hablara consigo mismo–. Creo que es un paquete muy pequeño que se ha roto. Pelle, ¿qué estás haciendo?

Pelle se acercó y olfateó un buen rato. Luego ocurrió algo raro: empezó a retroceder, como si tuviera miedo. Paso a paso.

Y no movía la cola.

Se produjo un silencio, como después de una tormenta.

–Me temo que... vamos a tener problemas –dijo el abuelo con voz tensa–. Graves problemas.

–¿Qué es, abuelo? –preguntó Marcus otra vez, pero el abuelo no contestó, solo dijo en tono preocupado:

–¿Dónde está Gabriel?

–En el bote –dijo Marcus.

El abuelo se dio la vuelta, se abrió paso, asomó la cabeza por la entrada de la tienda de campaña y vio a Gabriel sentado en el borde del bote con los remos en alto; parecía algo tenso.

–¿Habéis encontrado algún cadáver? –preguntó Gabriel con voz muy débil.

–Todavía no –dijo Marcus con total indiferencia, aunque le temblaba un poco la voz.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó Gabriel.

Marcus también salió. Se quedó de pie con las piernas algo separadas, como para

demostrar que «aquí nadie se echa atrás», pero también percibió el aspecto algo desesperado de Gabriel, así que se limitó a decir:

–Vigila el horizonte. Si viene algo, solo tienes que avisarnos.

–¿El horizonte?

–Por si ataca el enemigo. Por el horizonte.

–¿Qué enemigo?

–¡Basta ya, Marcus! –dijo el abuelo.

La neblina había disminuido y se podía ver a lo lejos, en dirección oeste, adentrándose en Noruega. Todos sabían que algo iba mal, se notaba en el aire, pero nadie sabía bien qué era. El abuelo fijó la vista de repente en el objeto que llevaba Pelle en la boca al salir de la tienda de campaña, que entonces le había parecido un libro normal y corriente. Cogió el libro y, durante un instante, se quedó como petrificado mirándolo en la mano; luego lo abrió con cuidado.

–¿Qué puñetas...? –dijo casi en un susurro–. ¿Qué puñetas es esto?

¡Una palabrota!

Tanto Gabriel como Marcus sabían que el abuelo no podía decir palabrotas porque su madre se lo había prohibido cuando era pequeño. Marcus había tenido que oír de modo especial y como un favor la verdadera historia de «La infancia del abuelo y las palabrotas». Y lo pecaminoso que era decir palabrotas. Si lo hacía, el abuelo no iría al cielo al morir.

Si decía palabrotas, claro, moría. Entonces ya no iría al cielo.

Todo eso se lo había contado a los nietos en el momento de la oración –más bien el momento de contarles el cuento–, por la noche, cuando les narraba con todo detalle historias sobre lo terriblemente desgraciado que había sido de pequeño. Les contó por ejemplo la historia de la muerte de su padre, que «se evaporó» y subió al cielo cuando él solo tenía seis meses. Igual que le había pasado a Mischa al ponerle la inyección. Y su padre ahora estaba sentado a la derecha de Dios, y tal vez se aburría un poco, porque allá en el cielo no se podía jugar al fútbol los domingos.

El abuelo tampoco podía jugar al fútbol de pequeño. A pesar de que estaba vivo. Y sus amigos –aunque, según él, no tenía amigos– ¡sí que podían jugar!

Cuando hablaba de lo triste que fue su infancia –«sin amigos, y comiendo solo corteza de pan y sin poder jugar al fútbol»–, Moa y Malva solían compadecerse y llorar, pero los chicos no se lo tomaban tan en serio y, simplemente con aplaudir fuerte cuando el abuelo terminaba de hablar de tanta tristeza, volvía a estar alegre y animado.

Pero acababa de probar con mucho cuidado el polvo blanco que quedaba en el saco y había dicho una palabrota, «¿qué puñetas?», eso había dicho, y ellos no le habían reñido. Y Pelle, que tenía un olfato tan sensible que podía oler un pedo a 640 metros de distancia, siempre que no hubiera viento fuerte en contra, se había quedado de piedra y se le habían puesto los pelos de punta. Todo era tan raro que

Marcus y Gabriel no dijeron nada y se limitaron a mirar el libro que tenía el abuelo en la mano.

Él le dio la vuelta con cuidado, se cayó un papel que parecía un mapa, lo cogió, se quedó unos segundos con el ceño fruncido mirándolo, lo soltó y luego volvió a mirar el libro.

–¿Qué es? –preguntó Marcus–. ¿Qué clase de libro es?

2

Gabriel estaba sentado en la proa del bote de remos.

Parecía que quería saltar a tierra y unirse a los otros. De repente, Pelle, irritado, empezó a aullar y volvió a meterse en la tienda de campaña.

–Este libro –dijo el abuelo en voz baja y perplejo aún–, está impreso en Vilnius, en Lituania, y se llama... *Triju urvu kulnas*. Así es como se llama en realidad. Y aunque yo no sé leer lituano, casualmente sé lo que significa *Triju urvu kulnas*.

–¿Qué significa? –dijo Marcus casi con impaciencia–. ¿Y por qué está aquí?

–Significa *La Montaña de las Tres Cuevas*. En lituano. Es el libro que trata de nuestra expedición a la montaña hace tres años, todo lo de mamá loba y el oso. Y se tradujo a un montón de idiomas, entre ellos el lituano. Y si miras aquí... Aquí hay una firma, ¡el libro está firmado por mí! Y me acuerdo de que estuve en Vilnius en marzo de 2003, pero no puedo... No puedo recordarlo.

–Firmar –dijo Marcus–, eso significa que...

–He escrito mi nombre.

–¿Se lo has dado a alguien?

–No, seguramente alguien compró el libro y quiso que se lo firmara, ya que lo he escrito yo... Pero ¿por qué? ¿Cómo?

–¿No sabes a quién escribes? –dijo Marcus.

–No, no en este caso.

–Es un descuido por tu parte, que no lo sepas.

–Pero quisiera saberlo.

Estaban los dos de pie mirando el libro, que era más bien delgado y trataba de aquellas semanas de sus vidas que nunca olvidarían. Entonces Marcus se agachó y cogió el papel que había caído al suelo.

–Es un mapa dibujado a mano –dijo.

–Pero no lo he hecho yo –dijo el abuelo–. Lamentablemente.

–¿Por qué? –dijo Marcus.

El abuelo se puso de rodillas, dejó el papel en el suelo, junto al libro. Abrió el libro.

Un mapa. Estaba en las páginas 36 y 37.

–¿Este lo has dibujado tú? –preguntó Marcus.

–Los de la editorial lituana querían un mapa –dijo el abuelo–. Pensaron que quedaría genial. Como los mapas de *El Señor de los Anillos*. Así que hice un dibujo de la montaña y del camino que iba hacia arriba, y del pueblo... Y...

Marcus se inclinó hacia delante y señaló.

–Y de las tres cuevas –dijo pensativo.

Cogió la hoja de papel, que también era un mapa, y la puso dentro del libro. Había dos mapas, pero el sitio era el mismo, sin duda. El pueblo de Helgeboda, la Montaña de las Tres Cuevas, el bosque, los barrancos, las casas. La Casa del Pueblo estaba marcada como monumento antiguo en el mapa del abuelo.

–Pero son diferentes –dijo Marcus–. Son algo distintos. ¿Es el tuyo o el de ellos el...?

–¿Qué quieres decir?

–¡Uno es verdadero y el otro no! –Y en ese momento Pelle empezó a gruñir de nuevo, aunque más bajo.

–Supongamos que tienes razón –dijo el abuelo–. Uno es verdadero y otro falso. Ahora hay que saber el motivo. Y por qué este libro lituano...

De pronto oyeron que Pelle empezaba a gruñir en tono de advertencia, muy alto y muy claro. Estaba de pie, con las patas rígidas, el hocico en dirección oeste, hacia Noruega y el extremo occidental del lago, que seguía envuelto en una suave neblina. Y gruñía.

–Pelle nos está enviando señales luminosas –dijo Marcus casi en un susurro–. Puedo percibir las.

–¿Qué son señales luminosas? –preguntó con preocupación Gabriel, que permanecía sentado en el bote a la espera de que ocurriera algo alarmante de lo que pudiera avisar.

–Son palabras sin sonido que solo entendemos Pelle y yo –susurró Marcus–. Silencio. Pelle está intentando decir algo acerca de...

El abuelo miró a Marcus en primer lugar, luego a Pelle, luego al extremo occidental del lago. Después se puso rápidamente de pie, con una rapidez inusual, sin aparentar los setenta y cinco años que había cumplido; pero algo relacionado con esa radiación, que avisaba de un peligro inminente y que Pelle emitía desde el centro de mando tremendamente sensible de su cabeza, hizo que el abuelo se asustara mucho, a la vez que adquiría la agilidad de una persona joven. Se metió en la tienda de campaña, volvió a dejar el libro con el mapa dentro, lanzó una ojeada rápida al suelo sucio de la tienda y volvió a salir.

–Tenemos que marcharnos –dijo–. Inmediatamente.

–¿Por qué? –preguntó Marcus. Pero en ese mismo instante, Pelle dio un gran salto y se metió en el bote, se sentó en el banco de popa y levantó el hocico hacia el oeste, en dirección por donde podría venir el enemigo. Se oyó un ruido gutural y

amenazante que procedía de su garganta, un ruido que no se oía nunca cuando los niños jugaban con él y luchaban y daban vueltas a su alrededor; no, era un gruñido terriblemente grave que decía con toda claridad: «Los que estáis en el horizonte al lado de Noruega, cuyo ataque inminente he presenciado, sois mis podridos y falsos enemigos. ¡Os he descubierto! ¡Yo y mi sensibilidad perruna! ¡Y si os atrevierais a atacar a los niños que prometí defender, arrancaré brazos y piernas de vuestros cuerpos inservibles hasta que la sangre salga a chorros y masticaré vuestras orejas feas y sucias, y luego tiraré vuestros cuerpos destrozados por el retrete junto con otros desechos inútiles!».

–Tranquilo, Pelle –dijo Marcus–. He entendido el mensaje.



3

Se metieron todos en la embarcación y se alejaron a toda prisa.

El abuelo iba remando. A lo lejos, en el extremo occidental del lago, donde el río procedente de Noruega desembocaba en el Vällén, podía verse un punto negro, una lancha que se acercaba a toda velocidad. La lancha era negra, pero el agua que brotaba delante de él parecía dos bigotes blancos. Podía verse que iba deprisa porque los bigotes crecían por momentos.

La tendrían delante en unos tres minutos.

El abuelo se alejó remando de la misteriosa tienda de campaña. Y lo hacía con tanta fuerza que las venas se le marcaban en la frente, pero la lancha a motor, mucho más rápido, se acercaba rugiendo por encima de la superficie cristalina.

No iban a escapar a tiempo, eso estaba claro.

–Deja de remar, abuelo –dijo Marcus–. ¡No es creíble!

–¿Cómo? –dijo el abuelo dejando de remar y resoplando.

–Tenemos que fingir que estamos pescando –dijo Marcus–. Fingir que no hemos

estado en tierra. ¡Que no hemos entrado en la tienda de campaña! ¡¡¡Tienes que ser creíble, abuelo!!! ¡¡¡Deja de remar!!!

–¿Lanzo el anzuelo? –preguntó Gabriel esperanzado–. Si vamos a fingir que estamos pescando, lo mejor es que pesquemos, ¿no? ¡Y me prometiste que iba a poder pescar!

–Sí, sí –dijo el abuelo mirando con ojos muy abiertos cómo la lancha que se aproximaba disminuía la velocidad y hacía un giro, como si quisiera impedirles el acceso a la playa.

Gabriel lanzó el anzuelo. Había puesto un señuelo en la caña de pescar, aunque de poco había servido, ya que no había pescado un pez en toda su vida y ahora que estaban siendo atacados por esa lancha misteriosa, no sacaría ni un miserable pez fangoso. Pero al menos así parecería que eran unos inocentes pescadores.

El motor de la embarcación desconocida rugió, disminuyó la velocidad y, cortando las aguas, giró por delante del pequeño bote de remos, que se balanceó con violencia.

–Dios mío, déjame que pesque un lucio –susurró Gabriel.

–... para que no desconfíen de nosotros –añadió Marcus en el mismo tono–. ¡Para que no descubran el engaño!

–¿A qué te refieres con engaño? ¿Es que no lo estoy haciendo bien? –preguntó Gabriel enfadado. Había aprendido a lanzar el anzuelo en el césped en Söderås, y estaba casi convencido de que era lo mismo que pescar en el agua.

En la lancha iban tres hombres.

Dos vestían de negro y vieron que uno de ellos, que llevaba manga corta, iba tatuado hasta las muñecas. El tercero era rubio, tenía una cara ancha con fuertes mandíbulas y llevaba un chándal con la inscripción BREKKESETER FJELLPENSIONAT, y debajo, en letras más pequeñas, ponía RONDANE. Parecía que los tres ocultaban sus rostros, como si quisieran ver, pero no ser vistos. En ese momento estaban a diez metros de distancia, y los tres ocupantes de la lancha enemiga miraban fijamente al abuelo, a Gabriel y a Marcus, como si estuvieran dudando hacer algo, tal vez algo horrible.

–¡Saluda Marcus! –murmuró el abuelo–. ¡Saluda, por todos los santos!

Marcos agitó la mano. Pero ninguno le devolvió el saludo.

A Marcus al principio le pareció ver que el rubio, el que podía ser noruego de Brekkeseter, llevaba una funda de caña de pescar colgada del brazo; pero luego se fijó en que de la funda salía una culata. Marcus se quedó helado de repente. No estaba seguro. Pero podía ser un Kaláshnikov, un fusil ruso de los más terribles que hay.

¡Uno de ellos llevaba un Kaláshnikov colgado al hombro!

–Abuelo –susurró–, no creo que sea una caña de pescar, sino... ¿Ves la culata que...?

–Cállate –dijo entre dientes–. No estoy ciego.

Un amigo del colegio de Marcus, que tenía videojuegos, le había dicho que lo que más utilizan para matarse entre ellos es el Kaláshnikov. Al recordarlo sintió cierta tensión, pero luego pensó: «Tendré que controlarme, por los compañeros, especialmente por el pequeño Gabriel».

En ese momento las dos embarcaciones casi no se movían, a unos treinta metros de la orilla. En ese preciso instante fue cuando Gabriel gritó, tal vez rugió más concretamente:

–¡Tengo uno! ¡Ha picado! ¡HE PESCADO UNO!

4

Eran alrededor de las 12.30 cuando el violento grito de Gabriel resonó por todo el lago.

De pronto, Pelle se puso a ladrar de forma salvaje y casi algo confusa, debido a la información tan contradictoria que le llegaba. Era especialmente sorprendente lo del pez que había picado. Todos miraron hacia la parte trasera del bote con recelo. A cinco metros de la popa, un pez coleteaba con violencia. Vieron una aleta golpeando la superficie del agua.

No había duda. Era un pez. ¿Un lucio?

Hubo un momento de duda, como si el enemigo que iba en la lancha hubiera sido cogido por sorpresa. En el mejor de los casos, tal vez pensarán que el hombre de pelo canoso y los dos niños pequeños que iban con él en el bote eran realmente pescadores y que no habían visto nada, ni siquiera la tienda de campaña o que, en caso de haber visto algo, no lo hubieran entendido.

–¡Saluda, Marcus! –murmuró el abuelo otra vez–. ¡Saluda para que no sospechen de nosotros!

Marcus saludó con la mano al enemigo. Pero estos no le devolvieron el saludo y, de repente, el abuelo se dio perfecta cuenta de que estaba siendo observado por la mafia lituano-rusa; no le gustaba nada y no sabía adónde ir. Eso último empezó a darle vueltas en la cabeza. «Cuando la mafia lituano-rusa me observaba, con su mirada fría como el hielo, me puse a cantar en voz baja “adonde quiera que vaya, mi felicidad está en manos de Dios”». Lo que no era nada divertido.

Esperaron. Sintieron cómo les corría el sudor por el cuerpo. El lucio seguía luchando.

Entonces ocurrió algo inesperado.

La tripulación de la lancha desconocida, los bien entrenados delincuentes lituanos, o tal vez noruegos –al menos uno de ellos–, parecían haber tomado una decisión. Pusieron el motor en marcha, lo que produjo un ruido ensordecedor,

viraron rumbo al oeste, navegaron unos trescientos metros hacia delante y se detuvieron bruscamente frente a la arboleda de la orilla de la playa, donde estaba escondida la tienda de campaña.

–¡LO TENGO! ¡No se ha escapado! –gritó Gabriel totalmente fuera de sí–. ¡Es un lucio enorme!

–¡REMA! –dijo Marcus acalorado.

–¡Sí, VAMOS A CASA! –dijo el abuelo empezando a remar con fuerza, como si ya no le importara ser o no ser creíble.

–¡Lo tengo! –gritó Gabriel–. ¡Casi no puedo sujetarlo! ¡Es un lucio de cincuenta kilos!

–No grites –dijo Marcus entre dientes–. ¡Tienes que resultar creíble!

El abuelo remaba como un loco. Gabriel gritaba. Marcus se tumbó en el bote como escondiéndose de algo, no sabía bien de qué. Pero Pelle se había sentado encima de él y gruñía transmitiendo mensajes un poco menos sangrientos al enemigo, que ya estaba en tierra ocupándose de algo.

Les envió uno de sus perrunos mensajes luminosos, que decía más o menos así: «Habéis recibido una lección que os hará saber cuál es vuestro lugar, habéis recibido una lección, retiraos con el rabo entre vuestras inútiles piernas, desapareced, yo soy el soberano que...».

–Pelle, bájate –dijo Marcus quejándose–. Me estás rompiendo las costillas.

El abuelo seguía remando como un loco. No estaba seguro de que su corazón recién operado aguantara, pero le daba igual. Tenía que llevar a los niños a casa, por lo que remaba a un ritmo increíble. En el banco de popa, Gabriel gritaba algo acerca de su enorme lucio y, mientras sostenía la caña de pescar con ambas manos, le pedía al abuelo que dejara de remar para que pudiera sacar al monstruo. Marcus estaba tumbado en el suelo del bote, con Pelle encima de su vientre.

«La muerte debe ser algo así», pensó el abuelo.

Y por fin llegaron al embarcadero, amarraron el bote y, uniendo las fuerzas los tres, consiguieron llevar a tierra el lucio, que finalmente pesó cuatro kilos y doscientos gramos.

Era el primer pez que pescaba Gabriel.

Estaba la mar de tranquilo, contó más tarde a los que le escuchaban atentamente para obtener información detallada del incidente. Había pescado el lucio él solo y, a pesar de lo preocupados que estaban todos por la embarcación enemiga, él había mantenido la calma, había seguido bien las órdenes y, en cierto modo, había logrado simultáneamente pescar un lucio e intimidar a los enigmáticos atacantes que iban en la lancha negra ultrarrápida.

Pero más tarde reconocería que sudó un montón. Como los otros.

Se llevaron el lucio a la casa.

Mina y Moa, que fueron las primeras que vieron la pequeña procesión que subía a pie hacia la casa, fueron corriendo a su encuentro, contentas y asombradas, e intentaron coger el enorme lucio que llevaba Gabriel, él solo, con los otros detrás, y todos le preguntaron cómo lo había hecho y le felicitaron por el gigantesco pez que había pescado. Gabriel esbozó una leve sonrisa, aunque estaba algo silencioso para lo que era habitual en él; y el abuelo y Marcus tampoco querían decir nada, ni siquiera lo celebraban.

Después llegó Gunilla y empezó a aplaudir y a gritar, que era lo que hacía cuando celebraba algo. Porque era la primera vez que Gabriel pescaba algo, dijo. Y lo celebraba. Era agotador. Pero Gabriel no quiso dar las gracias a los que estaban allí reunidos, solo movía las manos haciendo gestos desaprobatorios, sin contar lo que había sucedido.

–¿Qué ocurre? –dijo Gunilla–. No parece que estéis contentos.

–No –dijo el abuelo–. Es posible que tengamos un problema.

–¿A qué te refieres? –dijo Gunilla.

–Un problema grave. He metido a los chicos en un lío.

De pronto se hizo un gran silencio. ¿Qué iban a decir? ¿Que habían encontrado una tienda de campaña, una traducción en lituano de *La Montaña de las Tres Cuevas*, unos polvos raros que no eran azúcar ni harina, un par de mapas extraños que no eran auténticos? ¿Pero si no, qué iban a decir?

–Supongo –dijo el abuelo– que tenemos que hablar con la policía de Arvika.

–Estás loco –dijo Gunilla–. ¿No habréis estado pescando a escondidas? ¡Tenéis licencia de pesca!

–Tenemos que hablar con la policía –dijo de nuevo el abuelo.

No parecía estar contento. Lo peor de todo era que Pelle, el perro schnauzer mediano tampoco lo estaba; parecía triste, encerrado en sí mismo, casi melancólico, como si supiera que también era responsable de lo que el abuelo iba a decir a los niños.

Tal vez presintiera, con su sensibilidad canina, que entonces iban a empezar los verdaderos problemas. Y que estaban en el inicio de una situación que implicaba un gran peligro. Tal vez un peligro de muerte para muchos. Y que afectaría a los que vivían en la casa llamada Söderås, la que estaba al pie de la Montaña de las Tres Cuevas.

El enemigo desaparece

1

Por la noche Marcus estuvo pensando en la cama. Aunque el abuelo había llamado a la policía de Arvika no iba a resultar fácil que viniera nadie, ya que la mayoría de los agentes estaban de vacaciones de verano; en Gräsmark había una patrulla de tráfico que perseguía conductores que excedían los límites de velocidad, pero el patrullero les contestó con voz algo turbia, como si acabara de despertarse, y el abuelo no logró convencerlo, ya que le dijo que «si se trata de delincuentes rusos debe ponerse en contacto con Karlstad, ya que ellos tienen una página web para los delitos económicos».

Pero al abuelo se le daba mal la informática, así que siguió llamando por teléfono.

En Torsby había una comisaría, pero allí respondió un contestador que hablaba con acento de Värmland y era imposible saber qué decía. El abuelo solo les pidió que lo llamaran, pero no lo hicieron. Y no podía quedarse sentado mirando un teléfono que no quería sonar.

–Vamos a dormir y mañana veremos –dijo el abuelo.

Gunilla estaba seria y preocupada, pero dijo que se alegraba de todos modos por Gabriel, por lo del lucio.

–Un grupo de ocho niños no puede hacerse cargo del trabajo policial de la zona occidental de Värmland de ninguna manera –dijo ella con la voz algo cansada

Si es que realmente pasaba algo, y no eran solo imaginaciones del abuelo.

Marcus estaba despierto, pensando. Pelle dormía en el sitio en el que solía dormir en Söderås, en la misma cama que Marcus, acurrucado como una salchicha gris, y roncaba satisfecho.

«¿Cómo podía ayudar al abuelo?».

El abuelo decía que cada persona tiene habilidades especiales que las demás no poseen, y que si las utilizaba podía «mover montañas». Lo de «mover» significaba más o menos que podía llevarlas de un sitio a otro. Marcus se puso a pensar qué podría hacer él que no pudieran hacer los demás. Así podría ayudar al abuelo, que estaba en una situación muy delicada.

Para empezar, solo se le ocurrían tres habilidades que no tenía nadie de su misma

edad.

La primera era aplaudir con una sola mano.

Era algo que todavía no había perfeccionado del todo; el abuelo lo hacía mejor porque tenía las manos más grandes. Había que entrenar mucho, pero cuando lo lograbas se oía muy bien. Por ejemplo, en un partido de fútbol, cuando todo el mundo aplaudía, tenías que meterte la mano izquierda en el bolsillo y aplaudir con la otra; el sonido era muy fuerte. Sobre todo teniendo en cuenta que una mano se quedaba en el bolsillo. Era una maravilla. No había que hacer nada con la otra mano y aun así se oía. Aplaudías con una sola mano. Y todos se sorprendían.

La segunda era quedarse inmóvil como un maniquí.

Con eso había que ser muy cuidadoso. Te tenías que quedar de pie como los maniqués de los escaparates, con una pierna ligeramente delante de la otra y el pie hacia afuera formando un ángulo de unos veinte grados. Había que inclinarse desde la cintura, no mucho –se tenía que ensayar delante del espejo–, solo un poco, como cuando te inclinas ante una línea de meta. El torso adelantado, pero de modo natural. El brazo derecho tenía que estar levemente girado hacia afuera y la mano abierta como en un gesto de invitación. Pero lo más importante de todo era la cabeza: ligeramente inclinada hacia la izquierda y la boca entreabierta, con una expresión de asombro y desconcierto en los ojos, como si de repente te pusieras muy contento por la ropa que te han puesto.

Lo de la mirada y la boca entreabierta era lo más importante; es decir, la boca se abría con expresión de alegría, porque no podías parecer un imbécil, sino un tipo asombrado que se ha quedado congelado, simplemente eso. Luego había que quedarse totalmente inmóvil y permanecer congelado y asombrado hasta que los espectadores lo entendieran y estallara una ronda de aplausos, o algo así. Tal vez solo aplausos sostenidos.

A principios del verano, varios de los niños –como por ejemplo Moa o Gabriel– le dijeron a Marcus: «Demuestra que sabes hacer de maniquí». Y él lo hizo, pero después de unas semanas se cansaron y ya no se lo pidieron más, sin darle una explicación aceptable. Pero de todos modos, esa era una de las tres habilidades especiales que tenía él, y que podía utilizar en situaciones arriesgadas o de peligro.

La tercera era llorar en la oscuridad. ¡¡¡Esa sí que era buena!!! Pero difícil.

Era así: tenías que estar tumbado en la cama por la noche, completamente a oscuras. Y en la cama de al lado debía haber alguien a quien quisieras causar una gran impresión. Tenías que coger aire profundamente y luego ir expulsándolo de forma intermitente, para que al salir produjera una serie de jadeos. Eso era lo más difícil. Tenías que jadear, como si estuvieras sollozando. Luego había que esperar unos cinco segundos y volver a repetirlo todo, coger aire, soltarlo entre sollozos, esperar. Si se hacía correctamente, el que estaba al lado se empezaría a preocupar y se daría la vuelta y diría: «Huhhmmmmmm» y entonces volverías a hacerlo otra

vez, coger aire, soltarlo entre sollozos, esperar, y luego, con toda seguridad, el que estaba al lado en la oscuridad diría preocupado: «Marcus, ¿por qué estás llorando?». Y entonces era cuestión de meterse rápidamente los dedos en la boca, echar saliva y restregársela por los ojos para que quedaran totalmente húmedos. Y después tal vez, volver a coger aire, soltarlo entre sollozos, esperar.

Y entonces, seguro que el que estaba al lado se acercaría a pasarte la mano por la cara para ver si llorabas de verdad.

Y, al notarte los ojos húmedos, quedaría horrorizado y asustado. ¡Lo habías conseguido!

2

Si lo haces bien lo consigues. Pam. Segurísimo.

Pero esa noche Marcus estaba en la cama despierto, pensando cómo podía ayudar al abuelo. Pensó en las tres habilidades especiales que tenía. Aplaudir con una sola mano, hacer de maniquí y llorar en la oscuridad, pero tenía la sensación de que ninguna de las tres podría ayudarle en su desconcierto.

Por la mañana todos sentían una especie de pesadez, como si hubiera algo raro en el aire que hacía que el abuelo estuviera callado. Pero exactamente a las 10.30 sonó el teléfono, el teléfono instalado en 1964 que estaba fijado en la pared, y el abuelo se apresuró a contestar, como de costumbre, y dijo: «Teléfono», algo que solía hacer. Era una broma que gastaba, en vez de contestar diciendo «dígame» o su apellido. Otra de sus bromas era decir al descolgar: «Crucero acorazado Gotland, oficina de máquinas», o, con más frecuencia: «Hospital Princesa Lovisa, Sala de Maternidad». Ya no le parecía divertido a nadie, pero él seguía haciendo esas bromas «para que los nietos se sintieran seguros», como él decía.

De todos modos, en esa ocasión dijo simplemente: «Teléfono». Luego se quedó de pie en silencio y dijo: «¡Bien!» y: «¡Perfecto!», y a continuación, les explicó cómo llegar a la casa en coche, hasta que finalmente colgó el auricular del teléfono, diciendo a los que lo miraban:

–Era la policía.

Todos empezaron a murmurar y a preguntar, excepto Cissi que se alegró un poco imaginándose que llegaría un policía joven, «fuerte y atractivo y de uniforme», como decía ella. El abuelo dijo que seguramente había llegado a través del Departamento de Delitos Económicos de la sección de Europa del Este de la página web de Karlstad. Sin duda habían llamado al Servicio de Rescate de Värmland, con el que el abuelo había colaborado tres años atrás, durante la expedición anterior. La que describió en el libro *La Montaña de las Tres Cuevas*.

Pero parecía que la tensión era cada vez mayor.

La policía iba a ir, eso estaba claro. El abuelo reunió a los niños y a Gunilla en la sala de estar y les dijo que ese día no podían acompañarlo los ocho, porque había que volver con la policía de Värmland a la tienda de campaña de los delincuentes. Ninguno, excepto el abuelo, sabía realmente qué había de delito en una tienda de campaña vacía, y Gunilla estuvo a punto de protestar, de lo que todos se dieron cuenta, pero entonces el abuelo hizo un movimiento tranquilizador con la mano y dijo:

–Lo sé, lo sé, pero habrá que averiguarlo. Tendremos que utilizar el bote de remos, y no cabemos todos.

Marcus y Gabriel eran incuestionables, y Mina también, como representante del lado femenino, como dijo él. Además era «la mayor y la más inteligente», como ella misma añadió. Si no se tenía en cuenta a Cissi, por razones obvias: el pelirrojo de diecinueve años.

Cissi se enfadó. No le gustaba quedarse fuera.

¿Quién fue la que se arriesgó hacía tres años a bajar la montaña con Mischa, cuando el abuelo se rompió la pierna y los niños estaban encerrados en la segunda cueva?, resaltó. ¿Y cuando los alemanes asesinos de lobos subieron a la cueva, armados hasta los dientes? ¿Quién los había salvado a todos? ¿Y ahora resultaba que era demasiado mayor?

¡Y encima lo decía el abuelo! ¡Que tenía setenta y cinco años!

Marcus, su hermano, escuchó la larga exposición y le produjo enfado y tristeza a la vez que ya no estuvieran unidos. Antes era Cissi la líder indiscutible, y él era el hermano pequeño que decía cosas divertidas. Pero era tan pequeño que todos asumían que él no contaba.

Y daba poca seguridad.

Ahora era Mina la que ocupaba el sitio de Cissi. Era prima, pero no hermana, lo que no era exactamente lo mismo.

–OK –dijo Marcus a Mina–. Y si estuviéramos en una situación de emergencia, ¿cuál de los dos decidiría? ¿Tú o yo?

–Lo haría el abuelo –dijo ella tras dudar un poco.

–Él se romperá la pierna o algo parecido –dijo Marcus–. Siempre le pasa. Entonces estaríamos en una situación de emergencia y ¿cuál de nosotros dos mandaríamos en ese caso y tomaríamos la difícil decisión?

–¿En una situación de emergencia?

–Exacto.

–Yo –dijo Mina–. Al fin y al cabo soy mujer.

Era un argumento poco consistente, pero Marcus había aprendido a callar y aguantar y volver al tema cuando mejoraran las cosas; y no había mucho tiempo para reñir.

A las 12.25 apareció el coche de la policía en el jardín, del que salieron dos

hombres uniformados de mediana edad y aspecto desenvuelto.

El abuelo fue hacia ellos con paso ligero y los saludó. Marcus lo acompañó.

–¿Qué pasa aquí? –dijo uno de los policías.

–¡Nos habéis encontrado! –dijo el abuelo en tono alegre y algo adulator.

–¿Traéis armas? –dijo Marcus–. ¡Puede que sean necesarias!

–¿Qué pasa aquí, jovencito? –dijo el otro policía.

Sonó a declaración de guerra.

3

A eso de las 13.15 del 23 de junio de 2006, los preparativos estaban listos.

Gunilla anotó la hora en el cuaderno de bitácora por si ocurría lo peor, pero parecía estar muy tranquila mientras esperaba en el puente con Tyra en brazos, que era la menor, la de nueve meses. Malva y Sonja estaban a su lado. Ahora volvían a considerar Söderås el campamento base primero, y habían aceptado encargarse de la defensa y de la manutención, «la tropa de mantenimiento», como solía decir el abuelo.

Marcus le preguntó a uno de los policías si había oído alguna vez aplaudir con una sola mano, pero el representante de las fuerzas policiales, que dijo llamarse Furtenback, guardó silencio. El policía se limitó a secarse el sudor de la frente y mirar desafiante al abuelo, que en ese momento estaba bajando en dirección al bote de remos.

Había un ambiente raro. Los policías parecían muy fríos.

El abuelo colocó a los dos policías en el banco de atrás y a Mina delante. Los chicos se acurrucaron y se protegieron al fondo de la embarcación. Pelle, el schnauzer, iba sentado en las rodillas de Marcus y miraba con desconfianza a los dos policías.

A Pelle no le caían bien, pero como Marcus le había enviado un aviso, un resplandor, aceptaba que estuvieran allí, pero nada más. Para Pelle, había algo en sus posturas que no le inspiraba ninguna confianza. Y eso que había oído decir a los niños que los habían enviado de Torsby.

«¿Había realmente algo malo en ellos?». De pronto, Marcus no estaba del todo seguro.

Los dos policías tenían un aspecto tranquilo, pero algo forzado, o más bien tenso pero contenido; en cualquier caso estaban callados y pensativos. Al menos eso era lo que pensaba Marcus. «Parece que se esfuerzan en aparentar tranquilidad», pensó. «Especialmente Furtenback».

El abuelo remaba con energía.

El abuelo sermoneaba con frecuencia a los niños diciéndoles que el carácter de una persona suele manifestarse en su forma de remar; si remaba de mala gana, desviándose del curso, casi haciendo eses, chapoteaba con la pala o avanzaba sin ritmo, significaba que así se comportaba también en la vida.

Por ello le había enseñado a Marcus a mantener un ritmo especial.

Cuando Marcus remaba, él se sentaba generalmente en la parte trasera y le gritaba marcándole el compás: «¡Rema-descansa». Y seguía: «¡Rema-descansa, remadescansa!». Decía que eso era importante y marcaba el carácter de los jóvenes. La expresión «marcar el carácter», significa que si remaban correctamente tenían poca tendencia a dejarse llevar, o también que podían tener un carácter firme o mucha energía. Utilizaba distintas palabras, dependiendo de quién iba sentado delante.

Al abuelo le gustaba enseñar.

Su madre había sido maestra en una escuela allá en la región salvaje de Norrland, donde –según contaba el abuelo por las noches– amasaba pan de corteza de árbol y ahuyentaba los lobos gritando con fuerza; y enseñó al abuelo a sobrevivir en condiciones infrahumanas.

Allí lo aprendió todo de ella.

Por ejemplo, que cuando la ventisca aislaba y enterraba su casa bajo capas y capas de nieve, era importante hacer un túnel hacia arriba para tener oxígeno y poder respirar, y levantar un palo con una bandera de socorro para que los de salvamento pudieran encontrarlos.

Sin embargo, lo de la importancia del ritmo al remar lo había descubierto al ver una barcaza real acercándose al muelle en Estocolmo. Golpe de remo, pausa, descanso. Era lo que quería transmitir a sus nietos. Mina, por ejemplo, había adquirido un carácter mucho más fuerte remando por el lago Vällén mientras seguía las órdenes del abuelo –rema-descansa, rema-descansa-remar– resonando por encima de lo que él llamaba «la brillante y hermosa superficie del agua».

Pero en ese momento había algo que ponía nervioso al abuelo y hacía que remara cada vez más despacio, según se iba aproximando a la tienda de campaña escondida.

Ellos sabían exactamente dónde estaba.

4

La embarcación rozó la arena de la playa con la quilla. En la orilla había una franja de hierba.

Luego la maleza y después la zona boscosa.

–¿Aquí? –preguntó con voz aguda uno de los policías, el que decía llamarse Furtenback y había venido de Gräsmark.

El abuelo metió los remos.

–Es ahí dentro –dijo en voz baja.

Todos se dirigieron a tierra.

Habían remado un kilómetro hasta la playa y hacía un hermoso día, sin un soplo de viento; cuando se deslizaron por debajo del puente que pertenecía a Söderås, pudieron oír aún el rugido lejano de la cascada, que era el final del lago Vällen por el lado este.

Allí había habido una vez un molino y una herrería, y a medida que se deslizaban en dirección oeste, todo fue quedándose en silencio. Llegaron media hora después y, cuando la quilla del bote rozó la orilla de la playa, el silencio era tal que casi asustaba.

–¿Dónde está la tienda de campaña? –preguntó el policía que venía de Gräsmark.

Era una buena pregunta, pero nada fácil de contestar. Marcus fue el primero en bajar. Era cierto que había una especie de ensanchamiento en la zona boscosa, como si los arbustos se hubieran doblado hacia un lado pero luego hubieran recuperado sus formas originales. Todo parecía completamente normal. Pelle olisqueaba intensamente la hierba, que estaba curiosamente aplastada, aunque no marchita ni desgastada; era como si alguien hubiera intentado restaurar las zonas de hierba medio mustia con una herramienta, posiblemente un rastrillo, para levantarla de nuevo.

–Estaba aquí –dijo Marcus.

Sin la menor duda. Pero ya no estaba allí.

–¿Dónde está la tienda? Yo no la veo –dijo el policía que decía llamarse Furtenback y venir de Gräsmark–. ¿Estáis seguros de que había una tienda de campaña aquí?

–Lo puedes ver por la hierba que está aplastada –dijo el abuelo.

–Sí, sí –dijo el otro policía–. ¿Así que estáis insinuando que han desmontado la tienda de campaña y se la han llevado a otra parte?

–Exactamente –dijo el abuelo.

–¿A dónde?

–No tengo la menor idea.

–¿Entonces cómo vamos a saberlo nosotros? Y, además, ¿no es eso lo que suelen hacer los que acampan?

–¿A qué se refiere?

–¿No recogen la tienda de campaña y se la llevan a otro sitio? ¿No es lo que hacen todos los campistas?

–Estos no eran campistas –dijo el abuelo en voz baja. Luego se arrodilló y se

puso a examinar cada parte del suelo, como si intentara recuperar al menos un cabello que pudiera probar que no lo habían soñado. Marcus hizo lo mismo. Pelle daba vueltas por la maleza. Un minuto después volvió con un trozo de papel, era la mitad de la página de un libro que estaba escrito en un idioma extranjero. El abuelo se quedó un buen rato mirando esa media página.

–¿Y? –dijo uno de los policías secamente–. ¿Es una prueba? ¿Qué es eso?

–Sí, creo que es un libro en lituano –dijo el abuelo–. Se llama *Triju urvu kulnas*, que significa *La Montaña de las Tres Cuevas*, es un libro de niños que he escrito yo y se tradujo...

–Y está firmado por el abuelo –añadió Marcus.

–¿Y bien?

–Pues que ahora al menos sabemos que no lo hemos soñado, que hemos estado aquí. Esto es una prueba.

–¿Una prueba de qué?

–De que ellos estuvieron aquí –dijo el abuelo–. Con mi... libro.

–Mejor para usted –dijo el otro policía de modo conciso–. Mejor para usted. ¿Y eso es todo?

–¡A todos nos pareció que era bastante raro! –dijo Marcus–. ¿Qué hacía aquí el libro del abuelo en lituano?

El policía que decía llamarse Furtenback y venía de Gräsmark suspiró con pesadez y se secó la frente. Luego se quedó mirando la superficie del agua.

–Donde vivimos nosotros, el agua estaba ayer a veinticuatro grados –dijo en tono apagado–. Como la de una bañera. Me pregunto cuánto tiempo seguirá así. Bueno, ¿hay alguna otra prueba más? Porque lo del libro para niños en lituano no lo es. ¿Qué más?

–¡El abuelo pensó que era un campamento base para hacer contrabando de drogas! –dijo Mina.

–¿Y? –dijo el policía que venía de Gräsmark–. ¿Y? ¿Algo más a tener en cuenta, excepto el trozo de un libro para niños?



El abuelo, Marcus, Gabriel y Mina se arrastraron y exploraron todo el terreno boscoso. Allí no había nada, nada en absoluto. Alguien había estado allí, eso estaba claro. Alguien que se había marchado.

Los dos policías volvieron a subir al bote de remos, se sentaron, se abrocharon las chaquetas de los uniformes y el que venía de Gräsmark encendió un cigarrillo.

–Es increíble lo que hay que ver –dijo el otro–. ¡Un escritor de libros infantiles! Y para eso hemos viajado veinticinco kilómetros.

–¿Has leído algo de él?

–No. No se me ocurriría.

El abuelo remó bastante decidido durante todo el camino de regreso a casa, explicando y argumentando; los policías lo escuchaban y de vez en cuando asentían con la cabeza, como si estuvieran de acuerdo con él, pero parecía que estaban preocupados. El que venía de Gräsmark había tenido que interrumpir las vacaciones, según dejó entrever una vez más, y el abuelo dijo que lo lamentaba.

Subieron a la casa.

Gunilla salió con zumo y unos vasos; los dos policías le dieron las gracias y bebieron porque hacía mucho calor. El abuelo había dejado de hablar y estaba de pie en silencio. No quería zumo. A Marcus le daba un poco de pena, pero no sabía qué podía hacer. Marcus tenía tres habilidades que podía utilizar, pero no sabía si ese era el momento adecuado. Pero claro que quería ayudar al abuelo, así que se dirigió a los dos policías, que se habían puesto las chaquetas del uniforme y se disponían a marcharse.

–¿Queréis verme hacer de maniquí? –dijo, y se puso como un maniquí, girando con la pierna derecha exactamente veinte grados, la mano derecha abierta y extendida como en un gesto de invitación, la cabeza levemente inclinada y la boca entreabierta como en una exclamación de asombro o de admiración.

Los policías lo miraron un momento sin decir nada. Luego, el que venía de Gräsmark y había tenido que interrumpir las vacaciones dijo después de lanzarle una mirada al abuelo:

–Muy bien. No hay duda de que tú también eres todo un poeta.

Después entraron en el coche patrulla, encendieron la sirena y la luz azul durante cinco segundos como despedida y todos empezaron a dar saltos. Finalmente pusieron en marcha el motor, arrancaron bruscamente y se alejaron.

Cenaron en silencio. Los niños se fueron a darse un baño. El abuelo se quedó leyendo un libro, pero sin pasar las hojas. Gunilla tampoco estaba contenta.

Entonces ocurrió lo que iba a cambiarlo todo.

A las 00.15 de la noche sonó el teléfono. Todos dormían.

Marcus, que dormía con Pelle en el sofá de la cocina fue el primero que llegó, y

contestó.

Enseguida supo que estaba en apuros.

Marcus interviene

1

Lo peor que puede pasar es que suene el teléfono por la noche. Y peor aún si el que llama no es un amigo.

El que llamaba no era un amigo.

Y como eran las doce y cuarto de la noche, el sol se había puesto hacía poco más de una hora. El sol caía sobre Noruega y luego salía ileso por encima de Suecia, como solía decir Gabriel. Lo que significa, según le decían pacientemente, que el sol descendía por el oeste y salía por el este, pero él se empeñaba en decir Noruega y Suecia.

Ahora estaba entre los dos países, pero como era tan tarde, todos se habían acostado. Marcus dormía abajo, en el sofá de la cocina, con Pelle. Dormían los dos solos en la cocina. Pelle dormía boca arriba, con las cuatro patas en el aire. Roncaba tranquilo como quien ha tenido un mal día pero lo ha superado, y no se quejaba.

Entonces sonó el teléfono.

Marcus buscó a tientas, en la oscuridad, hasta que finalmente lo encontró y descolgó el auricular.

–¿Quién es? –dijo con la voz algo ronca.

–Quiero hablar con PO Enquist, el escritor –dijo una voz extraña, un hombre con un dialecto raro que no parecía en absoluto que fuera de Värmland.

Marcus miró perplejo a Pelle, que estaba en la cama y en ese momento se levantó y, con el ceño fruncido, parecía preguntarse quién había tenido el descaro de despertarlo a media noche.

–No, el abuelo está durmiendo –dijo Marcus rascándose la entrepierna.

–¡Tú busca a él! –dijo la voz.

–No puede ser –dijo Marcus–. Duerme en el piso de arriba y no quiere bajar.

–¿Pog qué? –dijo la voz, en un tono más alto aún.

–Bueno –dijo Marcus intentando ser amable–, porque si tiene que levantarse a orinar no quiere bajar las empinadas escaleras, resbalarse y volver a romperse la pierna, así que Gunilla le ha comprado un orinal para que no tenga que bajar.



Se hizo una breve pausa, el hombre que estaba al otro lado parecía que estaba pensando y Marcus completó la información.

–Amenazó con hacer pis por la ventana si no tenía un orinal. Pero dijo que de ningún modo bajaría al baño. Durante la noche.

–¿Amenazar? –dijo la voz.

–Sí, amenazó con hacer pis por la ventana. Desde el piso de arriba. Entonces Gunilla cedió y le compró el orinal.

Se hizo otra pausa.

–Tú busca Enquist –dijo la voz.

–Se va a enfadar –dijo Marcus.

–Busca Enquist.

–No. Se va enfadar muchísimo.

–¿Cómo tu nombre? –dijo la voz.

–Marcus. Marcus Enquist.

–¿Tú puedes decir una cosa a escritor? De mí.

–Por supuesto –dijo Marcus con buena voluntad, a la vez que le entraban unas ganas enormes de hacer pis y de acabar la conversación.

–Tú le dices que él no meter nariz donde no le importa o irá mal para él.

–De acuerdo –dijo Marcus.

–¿Tú recuerda el mensaje? Repite.

Marcus le hizo una señal a Pelle para que se acercara, y Pelle fue hacia él lentamente arrastrando las patas; se sentó en el pie derecho de Marcus y lo miró. Marcus trató de respirar con tranquilidad.

–Repite –volvió a decir la voz en un tono más impaciente aún.

Y Marcus repitió.

–Que no meta la nariz donde no le importa o le irá mal.

El hombre que estaba al teléfono pareció dudar, luego dijo con mucha tranquilidad:

–Bien. ¿Tienes cuántos años?

–Once.

–Bueno, Marcus. «Que el bienestar y la suegte acompañen escritor en los siete mar».

–¿Cómo?

–Tú decir a escritor. Él entender. Tú escribe en un libro. «¡En los *siete mar!*».

Luego colgó el auricular. Todo quedó en silencio.

–Pelle –dijo Marcus en voz baja–. ¿Qué significa esto? Pelle, di algo.

Pero Pelle no contestó. Y Marcus notó de repente que la cocina se había quedado completamente en silencio, mucho más de lo que había estado nunca en toda su vida.

2

Hundió el rostro en el pelaje del perro que, inmóvil, estaba echado de lado. Cerró los ojos y notó que tenía el pelo áspero y le olía a limpio, aunque a Pelle no le gustaba bañarse.

Marcus se quedó dormido avanzada la madrugada. Para entonces Pelle ya llevaba varias horas durmiendo.

Al despertar, Marcus se espabiló enseguida y, aunque se quedó un rato tumbado mirando al techo sin pensar en nada, enseguida acudieron a su mente los recuerdos, como un torrente, y se empezó a preocupar.

Por suerte tenía a Pelle.

–¿Qué hacemos? –murmuró Marcus–. Me da un poco de miedo. Si se lo cuento al abuelo, este verano no va a ser nada divertido.

Pelle asintió con energía, y Marcus comprendió de pronto lo mucho que significaban para él los consejos y el apoyo de Pelle en situaciones críticas. Apretó su nariz contra la del perro, negra y muy fría, y lo miró a los ojos, pero Pelle

estaba nervioso en ese momento y, tal vez, en el fondo, tan perplejo como él. Pero al ver tan preocupado a Marcus comprendió que tenía que armarse de valor. Pelle, en silencio, empezó a lamerle una oreja, pero después de un rato lo dejó y suspiró.

–«Bienestar y suerte» –dijo Marcus con voz débil–. «En los siete mares». Cuando dijo eso fue cuando me asusté; antes no lo estaba.

Pelle asintió pensativo mientras se rascaba la barba con una de las patas delanteras. Eran cerca de las 7.30 y el abuelo y Gunilla no tardarían en despertarse, así que Marcus debía decidir *si* se lo decía a todos, porque se iban a preocupar.

O si se lo decía solo al abuelo. O a nadie.

–Es una situación complicada –le dijo a Pelle–. Y una decisión importante. Me gustaría que Mina estuviera aquí.

Entonces, en ese mismo instante, oyeron pasos en la escalera y un alboroto, como si algo parecido a un corrimiento de tierras se precipitara a toda velocidad hacia el retrete que había en el piso de abajo: se abrió una puerta de golpe y luego se cerró con gran estruendo.

Marcus sonrió aliviado.

–Es Mina –le dijo al perro que, tenso, escuchaba el terremoto–. La oigo.

A partir de ese momento, Marcus ya no estaría solo y todo iba a ser más fácil. Efectivamente, era Mina la que llegó tan precipitadamente, entró, se quedó mirando las caras de preocupación de ellos y les preguntó qué había pasado, porque ella no era tonta, según dijo, y lo notaba. Había ocurrido algo.

–Sí –dijo Marcus–. Ha llamado un tío.

Y entonces se lo contó. Y luego Mina se quedó en silencio, sentada en la cama.

–¿Qué hacemos? –dijo Marcus una y otra vez–. ¿Estamos en una situación crítica?

–Todavía no –dijo Mina.

3

Mina era ahora mayor que aquel martes de octubre de 2001 en que le propuso al abuelo que escribieran juntos un libro para niños; luego se quedó pasmada con lo que ocurrió con el cachorro de lobo y el oso en la tercera cueva. Entonces pensó: «Primero se quiere escribir un libro y luego el libro se escribe solo. ¿Es así como funciona?».

Pero si ahora no hay ningún libro que se quiera escribir solo, ¿qué hay que hacer?

En aquel momento sí surgió un libro, pero no el que ella esperaba.

Mina tenía buen juicio y enseguida se dio cuenta de que las amenazas nocturnas anónimas no había que tomárselas en broma.

–No debemos decir nada –dijo–. Si Gunilla se entera de esto tendremos que hacer las maletas y volver a casa, a Waxholm, y se habrá acabado el verano.

–Lo he prometido –dijo Marcus–. He prometido decírselo al abuelo.

Pelle gruñó en señal de aprobación. Tampoco le gustaba hacer las cosas a espaldas del que era su amo.

Entonces, la escalera volvió a crujir y la pandilla empezó a bajar a desayunar. Mina se puso un dedo en la boca, que significaba ¡Silencio!, y Marcus asintió y Pelle corrió hacia la puerta intentando ir al abedul donde solía orinar; y en ese preciso instante oyeron el sonido a lo lejos.

Pelle frenó en seco, se quedó completamente inmóvil, mirando hacia la montaña.

No se veía la cima de la Montaña de las Tres Cuevas, pero sabían dónde estaba exactamente. El abuelo salió con el chándal puesto y su aspecto era positivo y alegre, porque cada mañana pensaba que había llegado «el momento de tomar café y fumarse tres cigarrillos». Eso era antes de que dejara de fumar. Así que allí estaban Mina, Marcus, el abuelo y Pelle, que vieron que a lo lejos, allá arriba, un helicóptero sobrevolaba dibujando un arco por encima de las montañas. Pero también se dieron cuenta de que no era un helicóptero de la policía, porque no ponía «Policía» en un lado. Después de medio minuto desapareció y apenas un minuto después todo se quedó en silencio.

–¿Qué ha sido eso? –dijo Mina.

–Un helicóptero –dijo el abuelo tímidamente, porque lo habían visto todos–. ¿Pero qué hace allí arriba?

Gunilla se dirigió al puente con el cuaderno de bitácora en la mano y escribió algo. Después, cuando entraron, Marcus leyó lo que había escrito. Ponía: «Por la noche suena el teléfono, no sé quién llamó. ¿Contestó Marcus? 9.32 de la mañana helicóptero al norte, ¿por qué? 9.45, desayuno».

Cuando los demás ya habían entrado, Marcus cogió el bolígrafo y escribió en la página que correspondía al día anterior: «¿Está el poli de Gräsmark del lado de los delincuentes? ¡Parecía que estaba nervioso mientras yo hacía de maniquí de escaparate!».

4

Transcurrió un día, y media noche, y Marcus no contó nada, pero no se sentía bien.

Por la noche casi no durmió.

A eso de las tres de la madrugada del segundo día, justo antes de que saliera el sol, Marcus se despertó al notar que Pelle corría hacia la puerta y se ponía a gruñir.

La señal del oso

1

El abuelo pensaba que una promesa es una promesa. Pero cuando se hace una promesa no se sabe bien qué pasará si algo cambia.

Cuando se reunieron en Waxholm el 7 de junio de 2006 alrededor de las 10 de la mañana para planear el verano, el abuelo prometió que la expedición a la Montaña de las Tres Cuevas se repetiría ese verano también.

Habían pasado tres veranos desde la última vez.

Muchas cosas habían cambiado, en especial que los niños tenían tres años más. Marcus era cinco años mayor, según su propia opinión. Entonces creía que podía subir en bici hasta un pino y veía osos por todos lados. Pero eso fue en aquella época, ahora había aprendido un montón. Mina seguramente creía que en tres años había crecido como si fueran ocho, ya que su madre había dicho que crecía como una jirafa.

Todo había cambiado, excepto la montaña.

La Montaña de las tres Cuevas estaba allí, con los osos y mamá loba. Pero seguramente algo habría cambiado. ¿Estaría allí el oso todavía? El lobezno ya sería grande, ¿dónde estaría? ¿Habría cambiado algo de verdad?

Sí, algo había cambiado. Había señales amenazadoras.

Nadie entendía lo que había ocurrido realmente durante los últimos días.

La tienda de campaña que había desaparecido. Los policías raros. El libro traducido al lituano. El mapa con ese extraño cambio del camino que subía a la montaña. El lobo que aulló una noche y tenía algo que contar. La conversación telefónica nocturna del hombre con acento extranjero que amenazó al abuelo.

–¿Cómo se relaciona todo eso? –preguntó Marcus a Pelle.

Le daba la impresión de que Pelle estaba algo raro los últimos días. A menudo se quedaba de pie en el jardín olfateando con el hocico en alto. Daba grandes vueltas alrededor de la casa y parecía que buscaba algo; a veces, cuando los alces bajaban al jardín a birlar manzanas de los dos manzanos, Pelle también se comportaba así a la mañana siguiente. No le gustaban los ladrones de manzanas, pero los alces le infundían respeto porque sabía que podía recibir un buen porrazo, así que se mantenía apartado. Pero ahora no había alces a la vista. Era otra cosa.

¿Y el oso? ¿Dónde estaba el oso?

las T. C. Se adquieren provisiones en Charlottenberg».

Gunilla había ido el día anterior a Charlottenberg, al nuevo centro comercial, donde compró barras de pan y mantequilla, doce chocolatinas Daim, cuatro latas de cocaola, cuatro botellas de agua mineral noruega marca Farris, una lata de rapé Mini Catch Black para el abuelo, que había dejado de fumar y afirmaba que el rapé era inofensivo y ocho paquetes de salchichas precocinadas y un paquete de puré instantáneo. «¡No se enferma de escorbuto en tres días!», dijo el abuelo a Gunilla, casi riñéndola, cuando ella dijo que le parecía demasiada comida basura.

Tal vez fuera también porque el abuelo estaba un poco nervioso. Nadie sabía por qué, pero normalmente no se atrevía a reñir a Gunilla.

Claro, él era de algún modo el responsable, y eso explicaba la reprimenda. Además de aquellas provisiones, llevaban también en la mochila una linterna para pasar la noche en el campamento base segundo, así como un lápiz y un cuaderno.

Además de los sacos de dormir, naturalmente.

El abuelo llevaba uno, Mina el otro. Dormirían dos en cada uno. Ninguno estaba especialmente gordo, y Pelle podía dormir encima.

–¿Estás seguro de que puedes con eso? –preguntó Gunilla preocupada cuando el abuelo levantó la mochila con cierta dificultad–. Ya no eres joven y tienes que pensar en tu corazón.

Pero entonces el abuelo dijo casi con solemnidad:

–Si hemos llegado a subir a Tarfala desde Kebnekaise sin desfallecer, podremos hacer frente a esa montaña. Y ahora vamos a cantar: «Cruzamos la montaña cubierta de rocío»...

Pero ninguno pudo.

Así que llegó el momento de hacer sonar la señal de salida. Con el silbato de Gunilla.

Y tanto ella como Cissi parecían tener los ojos llorosos.

–Ya sabes que allí arriba no hay cobertura –dijo Gunilla–. Así que no funciona el teléfono móvil.

El abuelo asintió como si hubiera pensado en ello muchas veces –lo que no había hecho– y se limitó a decir en tono jovial:

–Tenemos a Pelle. Es tan rápido como una señal telefónica. Estad alerta por si él viene.

Luego se pusieron en camino. Anotación en el cuaderno de bitácora: «Salida a M. de las T. C. a las 10.22. Cissi preocupada, pero planea expedición de rescate. Si fuera necesaria».

Cantaron el «Himno de Gloria». E iniciaron la marcha en dirección al bosque.

Gabriel caminaba detrás del abuelo y parecía que iba pensando en algo.

–PO –decía una y otra vez (él era el único que le llamaba PO, los demás le decían abuelo)–, ¿qué nos vamos a encontrar?

Recibió una especie de murmullo por respuesta. El abuelo había llevado a cabo con éxito la expedición anterior tres años atrás; en realidad de un modo brillante, hasta el momento en que se cayó por el barranco y se rompió la pierna. La noche siguiente, cuando durmieron en la segunda cueva y el abuelo no podía defenderse y mamá loba se pasó todo el tiempo tumbada en la parte trasera de la cueva, vigilando a su cachorro con ojos brillantes y amarillentos, esa noche no la olvidarían nunca. Pero ya habían pasado tres años y el abuelo sabía que de alguna manera ya no era exactamente el mismo.

–¿Qué nos vamos a encontrar? –volvió a preguntar Gabriel.

El abuelo no respondió. Todavía no habían iniciado la escalada en serio, iban hacia arriba pero no había mucha pendiente; llevaban dos horas caminando pero aún les quedaba un poco hasta llegar a la primera cueva, donde pasarían la noche antes del «decisivo ascenso hacia la cima». Había que decirlo así. También se podía decir «del ataque a la cima». Si se quería escalar el último tramo hasta la cumbre de una montaña muy difícil, como por ejemplo el Everest, había que recuperar fuerzas en el último campamento base para emprender el «asalto» final hacia la cumbre.



El abuelo resoplaba muchísimo. ¿Se encontraría realmente bien?

–¿Qué tal? –dijo Mina.

–Bien –dijo el abuelo–. Me apetece fumarme un cigarrillo.

–No puedes empezar ahora –dijo Mina–. Llevas ya siete meses sin fumar.

–Entonces no preguntes –dijo el abuelo–. Estoy bien. Pero quiero fumar.

A Mina le preocupaba cada vez más. Pero no dijo nada.

5

Llegaron a la primera cueva alrededor de las cuatro de la tarde.

El abuelo se sentó pesadamente en una roca a la entrada, se quitó la mochila, se reclinó hacia atrás y se quedó mirando al cielo mientras resoplaba con la boca abierta.

«A lo mejor el abuelo ya no es tan fuerte», pensó Marcus. Después de pensar eso, se preocupó por un momento y volvió a mirar al abuelo con más detenimiento, pero enseguida comprobó que tenía muy buen aspecto al verlo ponerse en pie, prepararse el rapé, abrir una cocacola y mirar hacia el valle como alguien que contempla el mundo con calma.

–Oh, Dios mío –dijo el abuelo–. Han pasado tres años y los árboles, las montañas, los ríos, todo sigue igual. Y sin embargo, no recuerdo que estuviera tan cansado cuando llegamos al campamento base en la primera cueva la vez anterior. ¿Por qué sería?

–Porque ahora has dejado de fumar –dijo Marcus, que era un auténtico guasón–. No es bueno para los bronquios.

–Es verdad –dijo el abuelo con escaso entusiasmo–. Debe ser eso. Tres años de diferencia no pueden significar tanto.

–¿Qué vamos a encontrar allí arriba? –repitió Gabriel, que no era de los que se rendían a la primera y quería saberlo.

El abuelo no quería contestar, evidentemente.

El paisaje que tenían a sus pies era tranquilo y hermoso; apacible. El lago Vällén se extendía como un enorme cuchillo negro que cortaba el paisaje en dos partes y desaparecía en Noruega. En Helgeboda había muchos animales salvajes, sobre todo ciervos y alces, pero dos años atrás se habían visto huellas de treinta y dos lince, que era bastante, en el municipio de Eda. Los lince eran unos cazadores excelentes, y a la vez tan esquivos que resultaba difícil acertar a la hora de cazarlos. Luego estaban los lobos y los osos. A Gunilla le asustaban un poco los osos desde que uno de ellos atacó a un hombre joven y fuerte en Valsjöby; desde entonces tenía miedo de ir a recoger moras, pero el abuelo decía que eso eran sensiblerías, aunque a él tampoco le gustaban ya tanto las moras.

–¿Qué estamos buscando? –preguntó Gabriel.

El abuelo había dejado de resoplar. Estaba sentado pensando en la expedición que habían hecho tres años atrás. En realidad era una de las cosas más grandes que le habían sucedido, sí, la más grande de todas. Y sería fantástico poder

experimentar todo eso una vez más. Esa era la respuesta. Pero solo para él. Y solo mientras no se cansara tanto.

–¿Es que no me puedes contestar, PO? –dijo Gabriel–. ¿Qué es lo que vamos a buscar?

Dos horas después vieron al oso.

Pelle no iba atado.

No lo podían llevar con correa por el bosque porque se movía demasiado, tenía mucha curiosidad. Si veía un ciervo, enseguida tenía que saltar y olisquearlo. No era lo que querían los ciervos cuando iba hacia ellos con fuertes ladridos, pero nunca les mordía, y volvía siempre cuando le silbaban.

Fue el perro el primero que vio o percibió el olor del oso. Al principio no se veía y solo Pelle se dio cuenta. Luego ya pudieron verlo.

A Pelle pareció erizársele cada uno de los pelos de su piel. Se quedó inmóvil, con la mirada fija en dirección al valle, emitiendo una especie de sonido, pero no era un gruñido, sino más bien algo parecido a un gemido, como si no supiera bien qué hacer ni qué decir. Por una vez, dio la impresión de que estaba totalmente desconcertado.

Nadie vio nada raro. El valle estaba tranquilo. No se oía ni un ruido.

–Pelle nos está transmitiendo un mensaje –dijo Marcus con cuidado–. Pero si lo estoy recibiendo bien, no es un aviso.

–¿De qué hablas? –dijo Gabriel impaciente.

–Creo que es un oso.

Y luego todos vieron finalmente lo que Pelle había olido con su sensible olfato, o tal vez le había llegado a través de la energía luminosa que le había enviado otro animal: vio salir al oso del barranco, girar en diagonal para dirigirse a lo alto de la montaña y detenerse.

Estaba lejos. A unos trescientos metros.

Lentamente, giró la cabeza hacia ellos, se quedó inmóvil y Pelle enseguida se puso nervioso y empezó a saltar de un lado a otro, pero no se marchó.

El oso se levantó lentamente sobre sus patas traseras y, sin moverse, los miró.

–Es el mismo –susurró Marcus–. Lo reconozco. ¡Es el oso que vivía en la tercera cueva!

Todos sabían a qué se refería. A aquella vez que pasaron la noche en la segunda cueva, cuando divisaron por fin el helicóptero del servicio de rescate de Värmland en el horizonte y aterrizó en la cornisa plana detrás de la cumbre. Entonces subieron a bordo al abuelo con su pierna rota. Y Marcus fue el único que hizo a pie el último tramo hasta la tercera cueva, donde estaba el oso.

Él fue el único que se atrevió. El único que vio al oso.

–Es él –dijo Marcus–. Lo recuerdo bien. Tenía la piel de color marrón oscuro y

ese dibujo en el pecho. Es el mismo, estoy seguro.

El oso estaba abajo, de pie sobre sus patas traseras, mirando a los que estaban sentados fuera de la cueva.

–¡Huy! –exclamó Mina con voz temblorosa–. ¿Qué querrá?

De pronto oyeron un débil gemido de Pelle, que estaba saltando de un lado a otro y al final fue a sentarse entre los pies de Marcus, que lo miró desconcertado.

–Pelle está transmitiendo un mensaje. Puedo leerlo –dijo.

–Marcus –dijo Mina nerviosa–. Déjate de mensajes luminosos, que me da miedo.

–Me está llegando –dijo Marcus–. Enseguida lo tendré.

Todos miraron al oso que estaba de pie sobre sus patas traseras y los miraba con la cabeza en alto.

–Ya lo tengo –exclamó Marcus.

Nadie dijo nada. Eran alrededor de las 18.00 horas del día 27 de junio de 2006 y habían terminado de comer las salchichas y el puré de patatas que llevaban cuando llegó el oso y Marcus aseguró que había recibido un mensaje que este le enviaba a través de Pelle, y que era importante.

–El oso ha sido expulsado de su guarida –dijo Marcus en voz baja–. Y pide que le ayudemos.

–¿Cómo lo sabes? –susurró Gabriel.

Pero para qué contestarle, no había ninguna respuesta. Tendrían que fiarse de Marcus y del oso que enviaba su mensaje al perro y después al muchacho que podía interpretar los avisos de los animales.

Un banco de nubes entraba por el oeste, una lluvia ligera comenzó a caer. El oso de volvió hacia el lado oriental del barranco y desapareció.

Pelle se quedó muy quieto.

Llovía cada vez con más fuerza. Se arrastraron hasta el interior de la primera cueva en busca de refugio.

La serpiente en la entrada de la cara norte

1

El abuelo se serenó y reunió a los chicos dentro de la cueva.

Pelle estaba otra vez tranquilo y parecía avergonzado por su reacción ante el oso. Desenrollaron los dos sacos de dormir y se metieron dentro, y el abuelo se dio cuenta de que debía imponer ciertas rutinas. Si había ciertas rutinas médicas y psicológicas, en momentos de gran nerviosismo y de amenazas externas, se podía superar toda esa preocupación.

En ese momento tenía que tranquilizar a los chicos. Era su responsabilidad como abuelo.

A través de las rutinas se ejercía un control sobre uno mismo, también en los momentos de angustia. Había llegado a la conclusión de que ese era el modo de manejar las crisis. En momentos de preocupación había que tratar de encontrar la paz interior.

Esa era la solución. Tratar de encontrar la paz interior.

La primera rutina era que todos los chicos se tomaran el pulso en ese momento. Solo tenían un reloj con segundero, así que lo hicieron todos a la vez. El abuelo tenía ochenta y cinco pulsaciones; el pulso de los chicos era inferior, una media de sesenta y cinco pulsaciones, y les dijo que los valores eran totalmente normales y que al día siguiente todo iría bien.

–El pulso –explicó el abuelo al perro, que parecía no entender–, es la cantidad de veces que palpita el corazón por minuto. –Y luego le tomó el pulso a Pelle. Lo tenía bajo, solo cincuenta y cinco. El abuelo dijo para tranquilizarlos que era lo normal en un perro y que Pelle estaría en perfectas condiciones al día siguiente.

Entonces los niños empezaron a preguntarle qué iban a hacer al día siguiente.

Tardó en contestar y, en compensación, repartió media chocolatina Daim a cada uno. En la expedición al Polo Norte –por ejemplo, la de la embarcación *Erebus*, que después de congelarse en el hielo quedó inutilizable–, la tripulación fue atacada y posteriormente devorada por osos polares. En dicha expedición al Ártico repartían raciones extra de biscotes, también llamados panecillos largos, y además

solían darle a todos un chupito de aguardiente. Pero como ellos eran abstemios, según dijo el abuelo, no lo harían en la expedición a la Montaña de las Tres Cuevas.

El abuelo les contó con tal énfasis lo del hundimiento del *Erebus* y cómo los tripulantes fueron devorados uno a uno hasta el último hombre que los niños olvidaron la pregunta referente al día siguiente, y la respuesta, que era lo que importaba, no llegó.

La respuesta debía llegar antes o después.

Ya no podía seguir callándose las cosas. Empezó hablándoles del mapa que habían encontrado en la tienda de campaña y del motivo de que hubiera dos versiones, y por qué le había preocupado. Luego les dijo lo que estaban buscando.

Después se quedaron en silencio. Tal vez se habían sorprendido un poco todos. Luego se fueron a dormir.

2

Salieron de la primera cueva a eso de las nueve.

El desayuno consistió en una chocolatina por persona, dos rebanadas gruesas de pan y agua de la cantimplora del abuelo. A Pelle le dieron pienso en un cuenco de corteza de abedul que el abuelo compró una vez en Nikkaloukta, pero Pelle no se quiso comer ese preparado seco y frugal y prefirió compartir bocadillos con Mina, Gabriel y Marcus, ya que todos decían ser auténticos amantes de los animales. A diferencia del abuelo, que «tenía principios».

Esos principios consistían en que Pelle no podía pedir nada cuando estaban sentados a la mesa. Así lo había decidido Gunilla.

Al abuelo le herían mucho las críticas de los niños. No era justo, decía, y les contó una historia de su madre la maestra, que durante una clase le preguntó a un alumno de Hjoggböle: «¿Cuándo se puede beber directamente de la jarra?», y la respuesta tenía que ser: «¡Nunca!»; pero entonces, el discípulo, que se llamaba Alfild, levantó la mano y ella le permitió que contestara; él entonces se puso en pie y respondió con solemnidad: «¡Cuando nadie te ve!».

Con Pelle sucedía lo mismo, según decía el abuelo. En el momento en que Gunilla no lo veía, se ponía a pedir junto a la mesa y a recibir pequeñas golosinas de los niños. Así sucedía también con la comida de Pelle y los bocadillos. El abuelo había dicho que eso era una parábola, como la de la Biblia, que significaba que él no era en absoluto cruel con los animales. Y que le daba golosinas y trozos de comida de la mesa, aunque Gunilla lo había prohibido, pero que solo se lo daba a Pelle cuando ella no lo veía. Entonces todos rieron, obedientes, pero la historia no les pareció demasiado graciosa.

–Y si el oso no está en la tercera cueva, ¿dónde estará? –preguntó Mina.

El abuelo no contestó.

–Es verano y no está hibernando –dijo Marcus–. Puede estar en todas partes. Puede estar en un pantano de moras y comer hasta hartarse, o puede subirse a un árbol y comerse las piñas, o puede comerse de golpe a un niño como Gabriel. ¡Glups!

–Marcus. No tiene gracia.

–Perdona –dijo Marcus–. Los osos no se comen a los niños como tú, Gabriel. Estás demasiado flaco. Prefieren a la gente con más grasa. Además, los osos comen bayas.

El camino era fácil.

Mina y Marcus, que ya habían ido hacía tres veranos, recordaban que era duro y peligroso, que el sendero estaba lleno de fango y se resbalaban continuamente; pero en esta ocasión resultaba sencillo. Había agujas de pino en el sendero. El abuelo caminaba recordando que a los nueve años decidió ser el mejor corredor del mundo y conseguir una medalla olímpica, ser tan bueno como uno que se llamaba Gunder Hägg; así que se entrenaría en senderos cubiertos de agujas de pino y las piernas volarían y no se cansaría nunca, porque cuando el sendero está en esas condiciones no te cansas.

–¿Qué va a pasar? ¿Va a seguirnos ese oso o qué? –oyó decir a Gabriel por detrás con su fina voz.

¿Cuántos kilos pesaba la mochila? ¿Dieciocho kilos?

Antes, el abuelo llevaba bien cargar la mochila, «en el pasado», como él solía decir. Pero tenía ya setenta y cinco años y el pasado estaba bastante lejos. Por lo demás, el estado de ánimo de la tropa no era del todo bueno. Era como si todos fueran conscientes de una tremenda amenaza. Gabriel repetía sin cesar oso y oso y oso con su voz de niño, poniéndolos nerviosos a todos. Incluso al abuelo, al que le daba rabia no poder pensar con tranquilidad en cuando él era niño y subía corriendo la montaña Bensberget, y la verdad es que estuvo a punto de ser campeón olímpico.

Cuando era niño, por las noches soñaba que corría por caminos acolchados de agujas de pino, a veces todavía le ocurría. Era muy bonito.

Por las noches nunca se cansaba.

–Quédate tranquilo –dijo girando la cabeza hacia Gabriel que iba detrás de él– no viene ningún oso.

De repente, él mismo oyó sus pesados jadeos. «El corazón está perfectamente y nunca ha estado mejor», pensó. Tenía que asegurarles a los niños que todo iba bien. Paró, se dio la vuelta. ¿Qué podía hacer? ¿Decirles algo que les levantara los ánimos?

–Tengo ganas de fumar –dijo en tono solemne.
En ese momento oyeron el helicóptero.

3

Estaban en el lindero del bosque.

Por encima de la línea de árboles no había vegetación, estaba todo pelado. El abuelo se volvió hacia sus pequeños compañeros, casi con ojos aterrados, echando un vistazo al entorno. Quedaban algunos árboles alrededor de ellos, pero había muchas zonas descubiertas y, apenas a unos cien metros, la montaña estaba pelada, sin protección. El ruido de lo que debía ser un helicóptero se acercaba cada vez más y se dieron cuenta de que debían actuar con rapidez, protegerse.

–¡A CUBIERTO! –gritó–. ¡Buscad refugio bajo los árboles, deprisa! ¡Poneos a cubierto!

De repente se esfumaron todas las dudas de la tropa. Los niños se metieron rápidamente bajo los arbustos, la vegetación tenía tantos claros que había cincuenta metros entre cada matorral. Mina, que iba muy cargada, fue hacia el arbusto más cercano y se tiró en medio de un bosquecillo, se dio la vuelta y rompió algunas ramas de enebro, pero cayó de espaldas. En la caída se le soltó la mochila, con el saco de dormir enrollado en la parte superior, y estuvo a punto de quedarse enredada en un pino torcido cuya copa plana se alzaba justo por encima de ella. Los demás miraban a su alrededor con desesperación; Gabriel encontró un claro cubierto de enebro, y apenas unos segundos más tarde estaba a cubierto.

Marcus fue el último.

Corrió como una liebre asustada por el camino más largo, pero llegó a tiempo, en el último segundo, cuando incluso el abuelo ya se había puesto a salvo con la mochila sobre la cara y la espalda húmeda de algo que Marcus al principio creyó que era sangre, pero enseguida se dio cuenta de que era un arroyo, o más bien un riachuelo.

–¡Llama a Pelle! –gritó–. ¡Dile que venga!

Pero Pelle ya había encontrado un buen sitio. Se había lanzado sobre el vientre de Marcus y se había hecho un hueco allí, donde jadeaba con la lengua fuera de la boca, pero sin moverse.

El helicóptero se acercaba rugiendo por encima de la cresta de la montaña, a veinte metros de altura. Era gris oscuro, como un ave rapaz. No llevaba escrita la palabra POLICÍA en el costado. No ponía nada.

Se elevó lentamente haciendo una curva suave en dirección oeste.

La maniobra duró unos cuarenta y cinco segundos y luego desapareció. No los vieron.

El primero en decir algo fue Gabriel.

–¡Venid a ver esto! –grito con su voz débil–. Aquí hay algo.

Mina se levantó, la mochila estaba rota pero no se había soltado ninguna de las cintas; llevaba la cara sucia porque se había caído de cabeza en la tierra. Se dieron cuenta de que no estaba contenta.

–¡Venid aquí! –oyeron decir a Gabriel–. Socorro.

–¿Qué pasa? –dijo Mina casi sollozando–. Me estás volviendo loca.

–Me he sentado encima de una serpiente –dijo Gabriel.

Por un momento se quedaron atónitos y en silencio. Luego fueron corriendo hacia Gabriel.

No había duda de que se había sentado encima de una serpiente. Era totalmente negra, medía con toda seguridad un metro y medio y estaba enroscada; sacó la cabeza y miró a su alrededor con gesto de reproche. La lengua se movía dentro de la boca. Miraba a los tres niños que estaban alrededor de Gabriel.

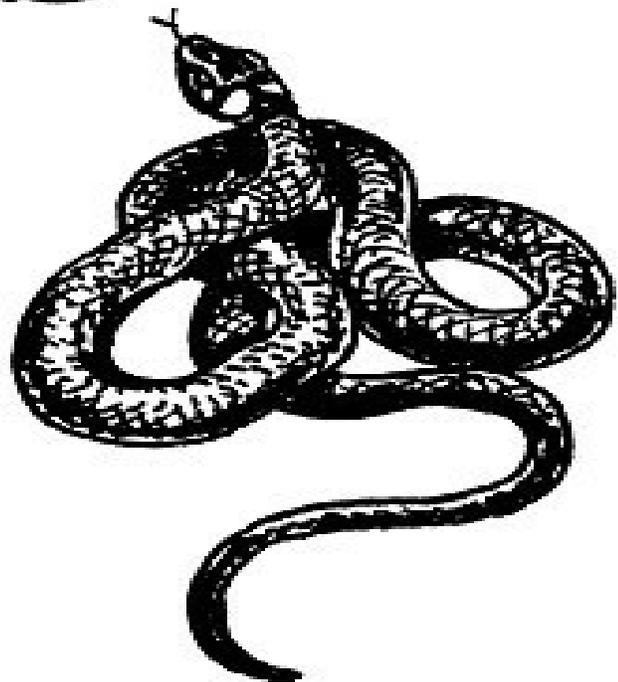
–¡Te has sentado encima! ¿Y qué te ha hecho? ¿Te ha mordido?

–No, me levanté, y entonces... No me había sentado nunca sobre una serpiente, no sé qué hacer... ¿Hay que pedir perdón?

–Una serpiente... –dijo el abuelo en voz baja. Había llegado donde estaban ellos, sin mochila pero con la espalda chorreando porque el arroyo se la había dejado empapada–. No es más que una culebra. ¡Has tenido suerte! Es la culebra negra más grande y más brillante que he visto.

–¿Cómo puñetas puedes *sentarte* encima de una serpiente? –dijo Marcus–. ¡Eso es maltrato! ¡Podrías haberle hecho daño!

–¡Venga ya! ¡Y no digas más palabrotas! –dijo Mina. Y en ese mismo instante sintió que estaba a punto de echarse a llorar, pero pensó que por consideración a sus compañeros no podía hacerlo y se contuvo.



Gabriel era el único que parecía estar tranquilo por completo. Estaba sentado a un metro de distancia de la serpiente negra que estaba enroscada, mirándola con curiosidad, casi con cariño.

–¿Qué nombre le ponemos? –dijo muy serio.

Lo pensaron durante un momento. Al final, Gabriel dijo:

–Petrus. La llamaré Petrus. Y es mi serpiente porque yo la vi primero y... Y yo...

–... Y tú te sentaste encima –dijo Marcus recriminándolo–. Sí, es tuya.

Gabriel se quedó mirando fijamente a la serpiente. Luego sonrió satisfecho.

–Es mi serpiente –dijo–, y se llamará Petrus.

Hicieron una pausa.

El abuelo le explicó a Gabriel que no podía llevarse la serpiente, que una serpiente como esa tiene que vivir en libertad; además, la serpiente había reaccionado bien y no había mostrado hostilidad, a pesar de que Gabriel había posado su culo gordo –como solía decir Marcus– encima de ese ser amante de la libertad. Ahora debían demostrar también ellos buena voluntad; le darían a Petrus un poco de las provisiones de reserva que llevaban, dijo haciendo un pequeño montón con media chocolatina Daim y un poco de la comida de Pelle.

La serpiente Petrus yacía inmóvil, había metido la lengua y parecía que aceptaba la oferta de paz, pues tenía un aspecto muy bueno.

Entonces se pusieron a pensar en el helicóptero. ¿Qué había sucedido realmente?

–Después os lo diré –dijo el abuelo–, si es que puedo.

Pero en el fondo no quería explicar por qué era tan necesario buscar refugio y no ser vistos por los hombres desconocidos que iban en el helicóptero. Y cuando preguntaron si tendrían que volver a Söderås, donde estaban Gunilla y los demás, lo sometieron a votación. Y con cuatro votos en contra y uno a favor, decidieron no dar la vuelta y reemprender la marcha de ascenso hacia la tercera cueva.

Pelle fue el único que votó a favor de volver. ¿Presentiría algo?

El cachorro de mamá loba

1

Dejaron los pequeños arbustos protectores junto a la linde del bosque y continuaron el ascenso hacia la pared oeste de la montaña.

Era muy empinada, pero se podía subir; Marcus y Gabriel no llevaban mochila, solo el equipo perfecto para escalar: botas de goma, ambos de la marca Trelleborg Alp Masters, y un anorak por si los sorprendía la lluvia. Sabían que la segunda cueva estaba ya a una media hora de escalada y que la pared oeste de la Montaña de las Tres Cuevas no era demasiado difícil.

Harían la incursión allí.

El abuelo les había enseñado cómo se decía. Se *accedía por* la pared oeste y se *hacían incursiones* en ella, así se decía, así era exactamente como hablaban los alpinistas en el monte Cervino o el K2, dos cimas de montaña que eran todavía más altas que estas. Y que fueron coronadas por hombres valientes –¡y mujeres!– precisamente utilizando un equipo adecuado pero, sobre todo, las palabras adecuadas.

En ese instante sonó el móvil del abuelo. Todos supieron enseguida que se trataba del móvil del abuelo. Y todos se alegraron, aunque parezca raro, y por un momento se sintieron como en casa y más seguros y tranquilos.

Había una explicación para ello.

El abuelo tenía un tono de llamada del móvil muy particular; le había dejado a los chicos que lo eligieran y lo grabaran y les había prometido no cambiarlo, y cuando sonaba no era una musiquilla, sino la voz de Moa que gritaba en tono agudo: «PO, PO ¡Date prisa! ¡Date prisa! No te quedes ahí tumbado, ¡pulsa la tecla y contesta!». Y sonaba muy divertido, por lo menos al principio. Aunque luego te cansaba un poco, pero el abuelo había prometido mantener el tono de llamada, pues de lo contrario los niños se quedarían defraudados.

Aunque una vez les resultó bastante vergonzoso.

Fue en un estreno de teatro en el Dramaten, que es un teatro que hay en Estocolmo. Gunilla sacó las entradas, y la obra había empezado ya y la sala estaba a oscuras. Era como en el cine, pero los actores estaban actuando en el escenario. En el teatro también se dice interpretar, así que interpretaban de un modo conmovedor y entre el público algunos lloraban. Y de pronto, como el abuelo se había olvidado de apagar el teléfono móvil, la voz aguda de Moa resonó en la sala:

«PO, PO ¡Date prisa! ¡Date prisa! No te quedes ahí tumbado, ¡pulsa la tecla y contesta! PO, PO date prisa...». Y el abuelo, desesperado, buscó el teléfono móvil, pero se puso tan nervioso que no lo encontraba.

Y los actores, que estaban allí en medio de esa escena tan emotiva que casi todos lloraban y sollozaban se enfadaron mucho, y uno de ellos gritó: «¡Disculpen, tenemos que hacer una interrupción, ya que, al parecer, alguien se ha olvidado de apagar el móvil!». Y el abuelo seguía sin localizar su teléfono y hurgaba y hurgaba en los bolsillos, hasta que Gunilla simplemente le gritó: «¡Fuera! ¡Vete de aquí!», y entonces el abuelo tuvo que salir de la fila de butacas a empujones, mientras seguía buscando en los bolsillos de los pantalones, y escuchó a alguien decir a sus espaldas, en voz alta y seguramente en tono crítico: «¡Pero si es el escritor Enquist!». Y alguien más dijo: «¡No es posible!». La que estaba al final de la fila también se enfadó muchísimo y dijo: «Deberían encerrar a la gente así para que no moleste a todo el mundo de este modo!». Y aparentemente había intentado abofetear al abuelo con su mano enjovada, porque el público del Dramaten llevaba eso, es decir, las manos enjovadas, aunque la bofetada no pudo ser demasiado fuerte, ya que no le produjo ninguna herida, y justo cuando abrió la puerta para salir encontró el móvil, exactamente cuando la voz aguda de Moa gritaba por última vez: «Abuelo, ¡Pulsa la tecla y contesta!». El abuelo pulsó finalmente la tecla correcta y todo quedó en silencio.

Por su propia voluntad, no volvió a ir al Dramaten durante un año.

El caso es que en ese preciso instante sonó el teléfono, justo en la incursión en la pared oeste de la Montaña de las Tres Cuevas. Entonces les resultó casi agradable oír la voz escandalosa de Moa. Y el abuelo encontró el móvil enseguida.

Era Gunilla.

Pero la comunicación no era buena, estaban en una zona casi sin cobertura, así que las señales no lograban llegar, pero al parecer el abuelo sí oía la voz de ella, aunque a veces desaparecía. «Sí estamos bien, ¿me oyes? Sí, estamos bien y vamos a hacer la incursión en la pared oeste dentro de unos... ¿me oyes?». El abuelo fruncía el ceño tratando de entender lo que decía Gunilla: «No, no llames al Servicio de Rescate... ¿Puedes oírme? Estamos bien. Por supuesto. Sí, yo también te quiero. Sí, sí, se ha perdido». Volvió a fruncir el ceño con fuerza como si estuviera tratando de impulsar las señales para que fueran más claras. «Sí, ya te he dicho antes que te quiero; si hay alguna novedad te llamo enseguida». Se perdió la señal de nuevo, pero volvió y dijo: «Sí, excepto que Gabriel se ha sentado encima de una serpiente». Se produjo un momento de confusión. «¿Me oyes? Sí, decía que Gabriel se ha sentado encima de una serpiente... ¡Serpiente! ¡Que se ha sentado encima! ¿Puedes oírme?». Luego se quedó de pie un rato con el teléfono en la mano y, evidentemente, la comunicación se había cortado.

Volvió a guardarse el móvil con gesto pensativo y dijo a sus compañeros, que

habían escuchado la conversación con toda atención y trataban de interpretarla:

–Sí, según parece, en el campamento base primero están bien. Todo estaba tranquilo. Pero se ha cortado la comunicación. Y a partir de ahora, por lo visto, estaremos sin cobertura. *Avanti!* ¡Adelante!

Y así continuaron la incursión en la pared oeste de la Montaña de las Tres Cuevas.

Gabriel iba el último. Volvía la cabeza una y otra vez. Al final, Mina le preguntó enfadada qué era lo que buscaba.

–La serpiente –dijo Gabriel–. Mi serpiente. Creo que me sigue.

–¿Tienes miedo?

–¿Estás loca? –dijo Gabriel algo molesto–. ¡Es *mi* serpiente! Creo que nos sigue como ayudante.

–¡Qué gracioso! –dijo Mina.

–Sé que mi serpiente me sigue. ¡Como un perro!

–Tu serpiente te estará esperando donde la dejaste –dijo Mina para consolarlo.

Dejó de mirar atrás, aunque de mala gana.

–Es mi serpiente –dijo en voz baja–. Y quiero que me siga, por si la necesito.

2

Alrededor de las 15.00 horas del día 27 de junio de 2006 vieron la entrada a la segunda cueva; la cueva estaba solo cincuenta metros más allá.

Todo era completamente normal. El sol se había puesto por detrás de las nubes. El abuelo resoplaba con fuerza y Mina subió hasta donde estaba él y lo miró con detenimiento. Era ese problema del corazón, pero no estaba pálido y su respiración era normal. Él también la miró.

–Estoy bien –dijo–. Perfectamente.

–Tómatelo con calma –dijo Mina.

–Estoy en buena forma, pero tengo ganas de fumar –dijo el abuelo.

–Sí, ya me lo imagino –dijo Mina.

Se quedaron de pie mirando la entrada de la cueva. No se movía nada, se podía ver más o menos un metro del interior de la cueva; a partir de ahí todo estaba oscuro. Tres años atrás habían pasado una noche allí, con el abuelo PO, que tenía la pierna rota, y con mamá loba vigilando a su cachorro en el fondo de la cueva. ¿Dónde estarían ahora?

–¿Vamos a ver qué hay? –preguntó Marcus con cautela.

No respondió nadie. Ninguno se movió.

–Yo puedo ir –insistió Marcus, pero no se movió–. Alguien tiene que entrar a ver

qué hay; yo puedo hacerlo.

–¿Por qué tú precisamente? –preguntó Gabriel.

–Esperemos un poco –dijo el abuelo, y por su tono de voz notaron que estaba inseguro o meditando.

–¿Por qué vamos a esperar? –dijo Gabriel–. Ya que hemos llegado tan lejos, ¿vamos a quedarnos aquí? ¿A qué esperamos? Además, ¿no íbamos a ir a la tercera cueva?

–Claro que sí –dijo el abuelo–. Solo tengo ganas de fumar.

–¡Basta ya! –dijo Mina.

Entonces, en ese mismo instante, el lobo salió de la oscuridad de la cueva.



3

Era el lobo más grande que habían visto, y estaba completamente inmóvil en la entrada a la cueva.

Pelle, que al ver la impresionante cabeza del lobo se quedó como congelado, rígido y entumecido, dejó escapar un ladrido sordo y breve, y el lobo bajó la vista hacia donde estaban ellos; luego volvió la cabeza, casi con desdén; pero entonces Pelle pareció cambiar de opinión. Todo su cuerpo adoptó una expresión extraña, era como si un pequeño escalofrío recorriera su cuerpo, y se oyó un gemido distinto a los que habitualmente emitía; y de repente Marcus se llevó las manos a la cara, como diciendo que lo había entendido.

–Creo que Pelle está transmitiendo un mensaje –dijo con voz ronca–. Otra vez se está produciendo una especie de comunicación, ¡la está enviando!

Mina lo miró, abrió la boca como si fuera a decirle que bastaba, que ya estaba bien, que dejara esa estupidez de lo de la iluminación; pero se dio cuenta de que había algo en el rostro de Marcus que no reconocía y que casi le daba miedo. Cerró los ojos y contuvo la respiración, como en un sollozo.

–Marcus –susurró–, ¿qué está transmitiendo?

El lobo giró la cabeza hacia el interior de la cueva, como si dudara un momento, luego volvió a mirar a los niños, al abuelo y a Pelle. A esa distancia, ellos también podían ver sus ojos brillantes y amarillentos, pero de repente fue como si los ojos le cambiaran, como si aumentara la intensidad de su mirada, que a la vez se hacía menos amistosa.

–Es Maja-Rubert –dijo Marcus sin aliento–. Es el cachorro de lobo al que bautizamos con el nombre de Maja-Rubert. Estoy seguro. Pasó tres noches con nosotros y le salvamos la vida cuando murió su padre.

–Qué nombre más raro –dijo Gabriel–. ¿Cómo sabes que...?

Pero Marcus simplemente le hizo un gesto a Gabriel para que se callara. El lobo que estaba en la entrada de la cueva levantó la cabeza, como si olfateara algo, o como si quisiera transmitir un mensaje.

–Ahora entiendo –dijo Marcus–. Intentaba decirnos que nos ha reconocido. Pero Pelle no lo había entendido porque él no estaba entonces con nosotros; por eso la radiación no estaba clara. Nos ha reconocido.

Oyeron respirar a Mina profundamente, como si sollozara, no como protesta, sino confirmando que lo había entendido y que había reconocido al pequeño cachorro de lobo que tres años atrás había dormido entre ellos en Söderås, el lobezno que se había convertido en un lobo enorme.

Y quería preguntar algo.

–¿Dónde está mamá loba? –dijo–. ¿Tiene algo que transmitirnos? ¿Dónde está ella?

Mina los miró, no estaba segura de haberlo entendido todo, pero no quiso romper el silencio porque notó que pasaba algo raro.

–Aquí no hay manzanos –dijo Marcus.

El abuelo se cargó la mochila lentamente. Siempre le costaba ponérsela, le daba la sensación de que pesaba más cada vez, pero al final lo logró.

–¿Vamos a hacer un manzano? –preguntó Marcus con cautela.

–Sí –dijo el abuelo–. Para ella.

Se quedaron en silencio un instante. Luego Marcus asintió con la cabeza. Estaban de acuerdo.

–Pero antes –dijo el abuelo–, vamos a mirar en la tercera cueva, porque por ese motivo hemos hecho todo esto, ¿no? ¿Quién va primero?

Pelle hizo un ruido parecido a un pequeño resoplido y miró a los otros. Luego empezó a trotar delante de los demás en dirección a la tercera cueva, que estaba en la cima de la Montaña de las Tres Cuevas.

La aparición del enemigo

1

En el cuaderno de bitácora donde se anotó todo mucho más tarde, figura la fecha exacta: «27/6, 18.35. Llegada 3.^a cueva. ¿Hallazgo de Marcus? Pelle amenazado de muerte a las 19.05».

A juzgar por la letra, fue Gunilla la que lo escribió con posterioridad. ¿Cómo pudo saber la hora exacta en que había ocurrido?

Por supuesto, la vez anterior, todos estuvieron en la tercera cueva.

Fue cuando el oso era el dueño de esa cueva, cuando se dejó ver en la entrada y Marcus fue el único que se atrevió a adelantarse. Pero no llegó a entrar. Justo delante de la cueva había una losa de piedra de unos diecinueve metros cuadrados, totalmente plana, casi pulida; luego, la montaña se hundía en una pendiente que al principio era bastante suave y después caía en picado, como Marcus, que era un poeta de la naturaleza, solía decir. Una vez dijo: «La montaña sube y el precipicio baja, y de lo que se trata es de mantenerse en pie».

La zona que había detrás de la cueva apenas se veía. Pero ellos sabían que la parte superior era una colina suavemente redondeada, y que allí estaba la meseta que la vez anterior, tres años atrás, sirvió de pista de aterrizaje al helicóptero de la policía de Värmland que iba persiguiendo a los cazadores de lobos y que trasladó a PO a casa con la pierna rota.

La cueva tenía unos ocho metros de profundidad. El techo del fondo de la cueva era muy bajo, y en ese crepúsculo gris cabía imaginarse que era allí donde estaba el oso tumbado; era como si la cueva se arqueara al fondo y se convirtiera en una guarida de oso; pero no, no había ningún oso allí.

Había algo distinto.

–¿Qué pasa? –dijo Gabriel–. ¿Por qué hay cajas aquí?

El abuelo fue hacia la pared noroeste de la cueva con cuidado. Al principio era difícil distinguir qué había; se veía claramente que era una especie de equipo electrónico, pero resultaba difícil saber para qué se iba a usar. Además de grandes cajas de madera que parecían estar cerradas y medían aproximadamente un metro veinte de altura por sesenta centímetros de fondo por veinticinco centímetros de ancho. Una decena de cajas que, con toda seguridad, contenían botellas de whisky,

sin abrir, todas de origen escocés, y tabaco. Pero no fue eso, ni las cuatro cajas llenas de cartones de cigarrillos lo que atrajo inmediatamente su interés.

Fueron los paquetes blancos. Había paquetes cubiertos de plástico apilados a lo largo de las paredes.

–¡Cielo santo! –exclamó el abuelo en voz baja.

Pelle se adelantó a olisquear y se quedó un momento con su sensible hocico vibrando. Se dio la vuelta y orinó con asco encima del primer paquete. Luego giró la cabeza, después se volvió hacia los demás y de su garganta salió un gruñido de horror o de advertencia.

Era un sonido nuevo.

Un gruñido nuevo. ¿O lo habían oído antes? ¿No era el mismo gruñido que oyeron salir de su garganta aquella vez que encontraron una tienda de campaña abandonada junto al lago?

–¿Qué es eso? –preguntó Mina.

–Yo creo –dijo el abuelo– que eso es el mayor depósito de heroína y anfetaminas que se puede encontrar en cualquiera de los países del norte de Europa, y está en la frontera con Noruega, lo que explicaría el motivo de que a Oslo se le llame la capital europea de la heroína. Aquí está el almacén.

–¿Pero por qué aquí? –dijo Mina

–Es un sitio que está justo en la frontera, perfecto e inaccesible. Se les ocurrió la idea de poner todo esto en la tercera cueva, inaccesible, ya que nadie creía que la cueva existiera y se pensaba que solo se trataba de un libro de niños; y cuando unos traficantes de droga rusos leyeron ese libro en lituano...

–Perfecto si se tiene helicóptero –dijo Mina con desgana, ya que le costaba aceptarlo, pero empezó a comprender–. Es el helicóptero que...

–Tengo ganas de fumar –dijo el abuelo, como si hubiera perdido el control por completo, pero tuviera que decir algo de todos modos.

–¿Y la tienda de campaña junto al lago? –preguntó Gabriel–. ¿No era igual de buena como... central?

–Era demasiado peligroso. La cueva es perfecta. Es culpa mía. No tendría que haber dibujado el mapa en la edición lituana del libro. Ahora esto es un almacén enorme. Droga para toda Noruega. Se almacena en la cueva y se la llevan cuando la necesitan. No tendría que haber dibujado ese mapa. Pero han sido listos.

–¿En qué sentido? –dijo Marcus.

–Porque dije que el libro narraba un hecho real. Y lo era. La cueva existía. Solamente dibujé un camino equivocado para subir hasta ella. Para despistar a los turistas alemanes que quisieran ir a comprobarlo. Pero el cártel de traficantes descubrió el engaño. Lo vi enseguida. Su mapa era perfecto. La línea de puntos que habían dibujado era el acceso por la cara norte de forma rápida y efectiva. Y luego descubrieron que había un helipuerto prácticamente detrás. No tendría que haber...

–¿Qué es un cartel? –dijo Gabriel.

De repente, Pelle salió corriendo hacia la entrada de la cueva, se detuvo y se quedó mirando hacia el horizonte.

–Silencio –dijo Marcus–. Pasa algo.

Había un fantástico sol de atardecer en el valle y la superficie del lago Vällén estaba ya casi negra; más allá del agua brillante se podían ver las montañas noruegas. No había ni una nube en el cielo. Hacía calor y se oía el canto de los pájaros; todo era tan bonito que se hubiera podido detener el tiempo. Pero no era precisamente eso lo que les importaba a Pelle y a Mina en ese momento, ya que los dos querían salir de allí y se daban empujones en la entrada de la tercera cueva. No era el sonido de los pájaros.

Era un ruido que ya conocían y que les daba pánico. Al principio lo oían débilmente, como un confuso rumor de truenos, pero luego fue aumentando deprisa hasta convertirse en un ruido espantoso y ensordecedor. Y de pronto pudieron ver de dónde procedía ese estruendoso.

Era el helicóptero negro que, haciendo un giro pronunciado, resonó en la entrada de la cueva, luego se elevó en sentido noroeste, apareció de nuevo en la cima de la Montaña de las Tres Cuevas, se detuvo vibrando en el aire y, al final, aterrizó con gran estruendo en un rellano de piedra que había al suroeste de la entrada, como un sapo enorme y negro.

Un rugido final de los motores y después el silencio. El sapo negro de la muerte había aterrizado.

2

En el interior de la cueva: tres niños, un perro y el abuelo.

Todos miraban al abuelo, y él sentía que tenía que pensar deprisa. Pero por más deprisa que pensara, nunca sería tan rápido ni llevaría armas tan mortales como los que iban en ese sapo de la muerte que acababa de aterrizar, y a los que iban a enfrentarse enseguida en la cueva.

–Di algo, abuelo –dijo Mina–. Que no sea que tienes ganas de fumar.

–Tengo ganas de fumar –dijo el abuelo–. No digáis nada. No hagáis nada. Nos han pillado, y si tratáramos de escapar, entonces...

–Seguramente tienen Kaláshnikovs –dijo Marcus en voz baja–. Armas rusas. Fantásticas. Lo he leído. Pueden aniquilar un ejército en treinta segundos. Podrían convertir esto en un matadero...

El labio inferior de Gabriel empezó a temblar y Mina, al verlo, se puso furiosa y casi tuvo que fingir, porque ella también tenía miedo.

–¡Basta, Marcus! ¡Basta ya! ¿No ves que lo estás asustando?

–¡Qué va! No me da miedo –dijo Gabriel, y se notaba que se estaba armando de valor–. Me gustaría que nos contaras algo más acerca de los mataderos...

–¡Basta! –dijo Mina otra vez, y entonces por fin la tercera cueva se quedó en silencio. Por completo.

Y así, en medio del silencio, oyeron unos pasos pesados que se acercaban. Eran varias personas.

El primer hombre que entró en la cueva iba vestido con un mono negro de plástico casi metálico que le cubría todo el cuerpo; lo llevaba subido hasta la cabeza y solo se le podía ver parcialmente el rostro, muy pálido, casi blanco. A los chicos al principio les pareció que era una calavera, pero se dieron cuenta de que era una cara normal, casi humana, pensó Marcus, como la de cualquier otra persona, si no fuera porque daba tanto miedo ver esa calavera casi completamente blanca, de la que solo se movía la boca.

Ojos negros. Luego llegaron los otros tres por la entrada de la cueva. Reconocieron enseguida a uno de ellos. Era el que llevaba el chándal que ponía que había estado en Brekkeseter, con letras mayúsculas, y que dicho sitio estaba en Rondane.

Pero, según verían enseguida, su ruso era perfecto.

Se pusieron en fila. El primero, el que parecía una calavera, se quedó inmóvil un momento mirando fijamente a los niños. Llevaba una pistola en la mano y un Kaláshnikov a la espalda; levantó lentamente la pistola, luego la bajó y la metió en la funda. Ninguno de los otros se movió.

–Bienvenidos a Helgeboda –dijo el abuelo.

Enseguida se dieron cuenta de que había sido un error decirlo. Totalmente. Los cuatro hombres no sonrieron. No se inmutaron lo más mínimo.

–*Sjto eta, tjort vazmi* –dijo el hombre que tenía cara de calavera, dirigiéndose hacia los paquetes envueltos en plástico blanco. Se detuvo un segundo delante del último paquete y miró desconcertado una de las esquinas, que se había puesto amarilla. Se acercó a olerla.

Obviamente, Pelle se había orinado en él para marcar su territorio en cuanto entraron en la cueva.

–*Sabaka-isjtjejka. On pametil* –dijo en voz baja y miró a su alrededor hasta que detuvo su mirada en Pelle que, consciente de lo que había hecho, tenía la cabeza y la cola agachadas. Gunilla le regañaba siempre que se meaba dentro de casa para marcar el territorio por si se acercaba algún perro enemigo; a Gunilla eso no le gustaba nada. Y Pelle debía sospechar que a ese desconocido tampoco le gustaba y tal vez montara en cólera, era difícil de adivinar.

–*Zastreli etu svolotj!* –rugió el hombre de repente a la vez que se quitaba bruscamente el Kaláshnikov.

Era evidente lo que iba a hacer. De pronto, Marcus tuvo mucho miedo. «Va a

disparar a Pelle», pensó, «¡va a hacerlo!». Y de repente, en el preciso momento en que el hombre de cara de calavera cogió el Kaláshnikov y estaba a punto de apretar el gatillo, buscó a Pelle con su mirada fría y negra, en ese mismo instante, Marcus gritó de repente:

–¡Pelle, lárgate! ¡Sal corriendo rápidamente! ¡¡¡Corre, Pelle, rápido!!!

Pelle pesaba veintiún kilos.

Tal vez no era mucho. Pero era todo músculo. Pelle era un pequeño paquete de músculos, un turbo de veintiún kilos, una bala de cañón de color gris y blanco; muchas veces, cuando había mucha nieve fuera, les había dejado admirados su facilidad para abrirse camino a través de ella, saltando desde la capa más profunda hasta la más alta, como un delfín jugueteón. Pero nunca le habían visto correr tanto como en aquel momento. Uno de los hombres cubría la entrada de la cueva, tenía las piernas abiertas y no había mucho espacio, pero Pelle cogió impulso con una fuerza enorme y salió disparado como un proyectil gris y blanco directamente hacia el hombre que cubría la entrada. Y salió con la cabeza por delante, que pasó exactamente entre las piernas del hombre, de tal modo que la cabeza de Pelle apuntaba directamente a la zona genital de él; y el hombre cayó retorciéndose, ya que Pelle, con toda su fuerza y peso logró darle de lleno en la entrepierna con su cabeza bigotuda y dura como una piedra. El hombre cayó al suelo rugiendo de dolor y dejando un hueco por el que Pelle se escapó de la cueva y se alejó.

–¡Huy! –dijo Gabriel compasivo–. Ha debido de dolerle.

En ese momento oyeron un ruido, un ruido que reconocieron, pero casi no podían creer que lo oyeran allí. Clap, clap, clap. Primero con cuidado, casi con timidez, luego cada vez con más fuerza.

Era Marcus. Estaba haciendo su aplauso con una sola mano.

El de la cabeza de calavera con Kaláshnikov se quedó un momento como paralizado, miró a Marcus durante unos diez segundos, pero fue suficiente; se precipitó fuera de la cueva, miró hacia todos los lados y lanzó una salva hacia el oeste, por donde suponía que Pelle había desaparecido.



Diez segundos de aplausos con una sola mano fueron suficientes.

El hombre al que Pelle había derribado seguía tumbado en el suelo, quejándose y con las manos entre las piernas, en el punto exacto donde Pelle le había golpeado. Se levantó con dificultad, se sentó en el suelo y estuvo balanceándose de un lado a otro, gimoteando mientras miraba con gesto de rabia a los niños y al hombre de pelo gris, cuyo perro había logrado escapar.

–*Davaj vstavaj!* –le gritaba con impaciencia el hombre de cara de calavera, que no parecía ser especialmente compasivo.

Y en ese preciso instante sonó el teléfono móvil del abuelo.

Pudieron oír una vez más la señal que habían oído tantas veces

Ya no eran mensajes tan graciosos como el que Moa pregonaba a voz en grito por el teléfono –«PO, PO ¡Date prisa! ¡Date prisa! No te quedes ahí tumbado, ¡pulsas la tecla y contesta! PO, PO ¡Date prisa!...»–, y los tres aterrados delincuentes que estaban de pie miraron al abuelo con sorpresa y disgusto, mientras que el delincuente al que Pelle había derribado dejó de retorcerse en el suelo y se fue poniendo de pie lentamente sin dejar de mirarlos con odio; pero el cabecilla de los hombres, el de la cara de calavera, lo había entendido.

Extendió la mano hacia el abuelo.

–*Davaj siuda mobilnik* –dijo con frialdad.

El abuelo estaba pálido, y pudieron ver que le temblaba la mano cuando se la metió en el bolsillo del pantalón para buscar el teléfono móvil. «PO, PO ¡Date

prisa! ¡Date prisa!», pregonaba obstinadamente la voz de Moa por la cueva, como en el Dramaten en aquella ocasión que no iban a olvidar nunca. El abuelo logró sacar al fin el móvil para contestar –«no te quedes ahí tumbado, contesta»–. Y entonces, finalmente, cuando levantó la tapa, consiguió que cesaran los gritos de Moa y le tendió el teléfono a la figura aterradora que todos los niños veían como «el hombre de cara de calavera que quería matar a Pelle».

–Nokia –dijo el abuelo con excesiva amabilidad.

El hombre de cara de calavera sostuvo un momento el teléfono en la mano con gesto pensativo, miró a los niños y al hombre de pelo blanco, y luego a las cajas envueltas en plástico que había en la pared noroeste de la tercera cueva.

–*Nada ubrat vsiu svoru sapliakov* –masculló pensativo. Lanzó una retahíla de palabras en un idioma que tal vez fuera ruso, pero que en cualquier caso no entendían. Después soltó de repente el móvil, lo dejó caer al suelo, dio un paso adelante, puso la bota encima y lo pisoteó. Se oyó un fuerte estruendo en el silencio de la cueva y lo único que quedó del teléfono del abuelo fueron fragmentos de vidrio y piezas metálicas.

–*Nokia* –dijo el hombre de cara de calavera.

En ese mismo instante, Gunilla, que estaba en el campamento base primero, se quedó sin aliento y jadeando, mirando el móvil que tenía en la mano. La llamada se había interrumpido. Solo había durado unos segundos, desde que el abuelo levantó la tapa de su viejo Nokia hasta que se cortó.

Probablemente ninguno de los que estaban en la cueva entendiera por qué jadeaba. Pero Gunilla había hecho un curso de ruso en una academia en los años setenta y no se le había olvidado todo. Y lo que oyó, y entendió, era espantoso. Las niñas que estaban con ella, las pequeñas Tyra, Sonja y Malva, vieron en su rostro que algo había ocurrido y que, a partir de ese momento, ella tenía que tomar el mando de la expedición a la Montaña de las Tres Cuevas.

Pelle llegó dos horas después a Söderås.

Estaba completamente agotado, sediento y con el pelo, mojado, como si hubiera cruzado barrancos y atravesado arroyos, y sangraba por la oreja izquierda. Gunilla supuso al principio que la herida se la habría hecho con la rama de algún árbol, pero luego pensó que su origen era distinto, ya que parecía que se había destrozado la oreja con algo metálico, posiblemente un objeto que no formaba parte de la naturaleza en absoluto, que de hecho podría ser una bala que no había dado en el blanco, en este caso la hermosa cabeza de Pelle, y que simplemente le había rozado la oreja y se la había rasgado, y que procedía de un Kaláshnikov que habían disparado contra él en la cima de la Montaña de las Tres Cuevas.

Y entonces lo supo con toda seguridad.

El oso interviene

1

La banda de traficantes llevaron a los tres niños y al hombre viejo de pelo blanco al fondo de la cueva, a la parte oscura y estrecha donde el oso hibernaba. El suelo estaba cubierto de hierba y de ramas y había un olor muy fuerte. La cama que se había hecho el oso seguramente debió ser suave y cómoda durante el largo invierno, pero en ese momento había allí un olor acre casi insoportable.

A los niños los llevaron al fondo, pero no los ataron.

Al abuelo, en cambio, le inmovilizaron las manos a la espalda y le sujetaron las muñecas con cinta adhesiva negra. Gabriel tenía mucho miedo y lloraba en silencio, desconsolado. Mina lo cogió en su regazo y le acarició el pelo hasta que dejó de sollozar. Marcus estaba sentado con la espalda apoyada en la roca y miraba sin cesar a los cuatro guardianes, que estaban sentados muy juntos en la entrada de la cueva; parecían enzarzados en una fuerte discusión en un idioma que tal vez fuera ruso. Uno de los hombres se separó del grupo por un momento –era el de la camiseta de Brekkeseter– y fue hacia la pared sur, donde había un aparato similar a un transmisor electrónico, y envió una señal.

Unos segundos después llegó una respuesta.

Todo resultaba muy desagradable.

El sol estaba bajo y calentaba mucho, tan bajo estaba que hasta los niños podían verlo desde la zona más profunda de la cueva. Los cuatro hombres aparentemente se estaban peleando. Una y otra vez volvían la cabeza, señalaban hacia los cuatro prisioneros que tenían al fondo de la cueva y elevaban la voz. Una vez, uno de ellos gritó a los niños, furioso, al parecer, por algo relacionado con el abuelo y su expedición, y pudieron distinguir la palabra *skrezym, skrezym*, mientras los otros tres delincuentes miraban al suelo.

Era muy desagradable. Había algo en el ambiente que era más horrible aún. Algo iba a decidirse en poco tiempo.

–Abuelo –dijo Mina–, tengo mucho miedo, pero no me atrevo a llorar porque Gabriel se asustaría. ¿Qué hago, abuelo?

–Resiste –dijo el abuelo–. Eres valiente, resiste, hazlo por Gabriel.

–Y por Marcus –dijo Marcus.

El abuelo asintió con la cabeza, con tal fuerza que estuvo a punto de dar con ella en el suelo.

–Resistiremos los unos por los otros –dijo–. Es como...

–¿Como dejar de fumar? –preguntó Gabriel.

–Peor –dijo el abuelo–. Mucho peor. No sé dónde os he metido en realidad, estoy un poco... nervioso.

–Tranquilízate, abuelo –dijo Mina dándole unas palmaditas en la cabeza–. Todo se arreglará.

–No te preocupes –dijo Marcus.

–No es culpa tuya –dijo Gabriel.

–Gracias –dijo el abuelo con la voz algo ronca, como si estuviera resfriado–. Sois muy amables.

Y entonces, de pronto, los cuatro hombres, por lo visto, tomaron una decisión. El hombre de cara de calavera salió de la cueva, miró alrededor, entró de nuevo y dio unas palmadas como si estuviera dando una orden en silencio. Los otros se pusieron también de pie, fueron hacia las cajas que los niños y el abuelo ya sabían que contenían droga, bebida y cigarrillos y empezaron a organizarlas.

–¿Qué hacen? –dijo Gabriel asustado.

–Creo que van a cargar esa basura en el helicóptero –dijo Mina–. Lo que no sé es qué harán con nosotros.

Era exactamente eso.

En ese momento, sobre las 23.00 horas del 27 de junio de 2006, se oyó un ruido agudo y penetrante que procedía de algún lugar fuera de la cueva. Todos se quedaron petrificados, los cuatro delincuentes dejaron de reordenar las cajas y salieron rápidamente. Alguien gritó, como si protestara por algo. Ya nadie pensaba en las cajas blancas.

Algo estaba a punto de ocurrir.

Y algo iba a ocurrir realmente en la losa de piedra plana que hacía la función de plataforma de aterrizaje del helicóptero, y que estaba a cincuenta metros en dirección suroeste de la entrada a la tercera cueva.

El helicóptero, el sapo negro de la muerte iba a ser atacado.

2

Se oyó un crujido extraño. Como si fueran fibras de carbono que se estaban haciendo añicos lenta y dolorosamente.

Los cuatro hombres rusos se pusieron a gritar, furiosos y enfadados, o angustiados. Gritaban en ruso y debía haber sucedido algo, ya que la confusión era tan grande que también afectó a los niños, a los que ya no vigilaba nadie. Marcus fue el primero en salir de la cueva y él, lo mismo que los otros –incluso los cuatro

hombres de negro que habían llegado en ese helicóptero que ellos denominaban el sapo negro de la muerte–, enseguida se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El helicóptero negro estaba a cincuenta metros de la entrada a la cueva. Llevaba allí varias horas, pero ya no estaba vacío.

–Abuelo –gritó Marcus–. ¡Ven y mira esto!

Era el oso.

Era marrón oscuro y tenía una gran mancha en el pecho; se movía con una calma casi abrumadora, debía medir cerca de dos metros y medio y pesaría unos ochocientos kilos, y se había subido al helicóptero como si el sapo negro fuera una montaña. El oso tenía la intención de subirse encima del helicóptero de los cuatro hombres, pero no de volar en él.

Todo lo contrario. Quería vencerlo.

El helicóptero era negro y el oso marrón oscuro, con una gran mancha blanca en el pecho, pero era como si tuvieran algún tipo de relación, ya que el oso se movía con absoluta tranquilidad; se subió al techo del helicóptero y luego siguió hasta el rotor. El helicóptero era un Kamov Ka-60 con cuatro palas de rotor; el oso se había colgado de una de ellas y se balanceaba con violencia hacia atrás y hacia delante. El crujido fuerte que oían provenía de la pala del rotor de la que se había colgado, que se estaba doblando y producía un ruido parecido a un lamento desgarrador, pero no se había soltado ni se había roto. Los movimientos del oso eran violentos, a la vez que muy intencionados. Lo que el oso pretendía era arrancar el rotor.



Uno de los cuatro rusos lanzó un rugido de rabia; era el que tenía la cara blanca como una calavera, el que suponían que era el cabecilla. Pero ninguno se movió, nadie se atrevió a dar un paso hacia delante, todos sabían lo que estaba ocurriendo, pero no se lo podían creer. El enorme oso marrón seguía imperturbable, colgado de

la pala del rotor, que estaba cada vez más inclinada, intentando derribar la hoja de color negro brillante mediante tirones y lentos balanceos. Un oso gigantesco de una tonelada aproximadamente estaba a punto de arrancar la pala del helicóptero negro, como si el helicóptero fuera una mosca y el oso un niño curioso que jugara con sus alas.

Y, precisamente en ese momento, el rotor se rompió.

Casi resultaba gracioso. El oso seguía con el ala entre sus garras, la pala se soltó muy cerca de la montura y el oso se cayó hacia atrás desde el techo del helicóptero, abrazado a ella. Los hombres que gritaban se callaron de repente. El oso cayó rodando al suelo, soltó la pieza con estrépito, se puso en pie y miró lentamente, casi pidiendo disculpas, a los cuatro hombres y al pequeño grupo de tres niños y un anciano de cabello blanco que, según vio, observaban la escena con asombro.

Un enorme oso marrón oscuro había inutilizado por completo, en solo unos minutos, un helicóptero negro y brillante que costaba millones.

El helicóptero seguía allí, en una absurda posición oblicua y sin una de las palas del rotor. Abajo había un oso de pie que ni parecía estar orgulloso ni pedir disculpas. Estaba más bien desconcertado y feliz porque se las había arreglado para destruir a ese sapo negro de la muerte.

El hombre de cara de calavera fue el primero en darse cuenta de las consecuencias: ¡el helicóptero estaba destrozado! Gritó como un animal herido, retorciéndose. Gritó algo más. Tal vez ordenó que, con una salva de un Kaláshnikov, aniquilaran y castigaran a la bestia que, de un modo tan atroz, había hecho que su hermoso y mortífero helicóptero negro quedara por completo fuera de servicio; sí, se oía una palabra que se repetía una y otra vez entre la corriente de palabras malsonantes que salían de su boca: «*Gde moj kalsjnikov, tjort vazmi*». Los cuatro miraron a su alrededor, furiosos y perplejos.

Evidentemente tenían solo un Kaláshnikov, con el que iban a destruir al enemigo y a ese repugnante oso que se había burlado de ellos, pero ¿dónde estaba? Tras unos segundos de confusión, los niños vieron que el jefe de los cuatro hombres había encontrado el arma. Estaba en el suelo, junto a la entrada de la cueva; fue corriendo hacia allí y se inclinó.

Pero de repente sucedió algo muy raro.

Rebotó, se echó hacia atrás, se sentó en el suelo y se quedó totalmente inmóvil. Entonces vieron lo que le había asustado.

Una serpiente negra. El hombre había alargado su mano para coger el arma, pero entonces vio deslizarse una serpiente negra que estaba oculta debajo. Silbaba enfurecida con la mandíbula abierta y se arrastraba lentamente hacia el hombre que estaba sentado en el suelo.

Y de pronto lo entendieron.

—¡Es mi serpiente! —oyeron gritar a Gabriel. Gritaba como un pájaro, con voz

aguda y desafiante—. ¡Es mi serpiente! ¡Es Petrus! —Y todos le vieron pasar por delante de la serpiente negra, coger el Kaláshnikov detrás del cual se había escondido y salir corriendo.

El hombre que estaba en el suelo se levantó.

Tenía la vista puesta en la serpiente que, no obstante, se dio de pronto la vuelta y, suave y rápida como un rayo, se alejó reptando hacia la pared suroeste, hacia el borde de la terraza de piedra.

Desapareció entre las piedras.

Durante unos segundos todo quedó en silencio. Luego oyeron la voz suave de alguien que estaba a unos diez metros de la entrada a la tercera cueva, la voz de un niño que estaba de pie en el estrecho camino de montaña que, por el sureste, conducía de la tercera a la segunda cueva. Allí estaba Gabriel.

—¡Arriba las manos! —gritó con voz delicada y temblorosa.

Enseguida se dieron cuenta de que Gabriel, de siete años, llevaba el fusil.

3

Después ninguno lo pudo describir bien, ni siquiera explicar en qué orden y por qué había sucedido todo, pero, de cualquier modo, sin duda fue Marcus el que tomó la iniciativa.

Se dirigió hacia Gabriel corriendo como un loco y, tras unos segundos de duda, el abuelo lo siguió, aunque encorvado de un modo extraño y casi balanceándose. Mina, detrás. Entonces, Gabriel apuntó hacia arriba con el fusil automático y, después de dudar un instante, apretó el gatillo.

Un disparo. Cayó de rodillas, pero mantuvo el control de la culata.

—¡VAMOS! ¡ENTREMOS EN LA CUEVA! —gritó el abuelo mientras avanzaba vacilante, arrastrando los pies, que estaban libres, no los llevaba atados, aunque caminaba de un modo raro, cojeando, con la cabeza baja y casi doblado, como intentando esquivar a Gabriel en caso de que, por error, se le ocurriera disparar una salva mortal contra ellos. Los otros corrieron como locos también en dirección a la segunda cueva. El abuelo, recordando momentos de cuando hizo el servicio militar, rugió:

—¡Alto el fuego! ¡No dispires!

Pero al abuelo le pasaba algo. Tenía la cara pálida y desencajada por el dolor. Se movía con dificultad, incluso le costaba andar.

Mina lo miró y comprendió. Era el corazón.

Lo cogió del brazo, pero él tenía las manos atadas, casi se le había olvidado. Cayó hacia un lado con pesadez, encima de ella; parecía que las piernas no lo

sostenían. Gemía y respiraba fatigosamente. Mina, desesperada, tiró de él y se lo llevó como un saco de patatas.

–¡Entra! –gritó–. ¡Entra en la cueva!

En los últimos minutos, las piernas del abuelo ya no le respondían. Por ello, Mina tuvo que llevárselo, semiinconsciente, arrastrándolo hasta que entraron en la segunda cueva, mientras que Gabriel y Marcus los miraban desconcertados desde la entrada.

–¡Situación de emergencia! –gritó Mina a Marcus–. ¡Es una situación de emergencia!

Y entonces él lo entendió. Lo habían acordado así. En situaciones de emergencia, Mina asumía el mando.

Estaban protegidos en la segunda cueva.

Gabriel todavía llevaba encima el fusil automático ruso, que pesaba demasiado.

En el exterior de la tercera cueva, después de los primeros minutos de desconcierto, se produjo un estallido de rabia. El cabecilla de los cuatro delincuentes echó a correr tras el estúpido muchacho que le había quitado el Kaláshnikov y que, en ese momento, estaba a la entrada de la cueva con el arma en los brazos. Fue corriendo hacia la segunda cueva siguiendo el estrecho camino de montaña, con un revólver negro en la mano.

Entonces, Gabriel disparó.

Del Kaláshnikov, que apenas podía sostener, salió una ráfaga de fuego corta y violenta.

La ráfaga de fuego fue hacia arriba en sentido oblicuo y el retroceso empujó a Gabriel hacia atrás, con tal fuerza que, con un ruido sordo, se quedó sentado en el suelo. Le dolía el culo, pero se armó de valor y gritó con bastante fuerza:

–¡Pide clemencia!

El hombre de cara de calavera corría delante de los demás. Retrocedió al oír el ruido de los disparos, resbaló y estuvo a punto de caerse por el borde del acantilado. Se agarró y volvió a subir con dificultad.

Le oyeron decir algo. Seguramente en ruso.

Gabriel disparó otra salva hacia arriba, también oblicuamente en esa ocasión. Después, Marcus le quitó el arma de las manos y, empujándole hacia atrás lo metió en la cueva, así que ya estaban todos dentro. Gabriel se frotaba el trasero, que aún le dolía. Escucharon con toda atención, pero no se oía nada. Entonces Marcus sacó la cabeza y miró hacia el noreste, siguiendo el camino de montaña.

–Se han ido –dijo jadeando–. Lo has conseguido.

El sol estaba por debajo del horizonte, pero todavía había bastante luz. En la

segunda cueva todo estaba en silencio. Luego, a Marcus se le ocurrió algo que parecía más importante.

–Gabriel –dijo en tono casi solemne–, le has salvado la vida a mi oso, ¿lo sabías? Si no les hubieras birlado el arma le habrían disparado.

–¿De verdad? –dijo Gabriel–. ¿Era tu oso?

–Muchas gracias –dijo Marcus–. Muchas gracias.

–Sí, y la serpiente era la mía –dijo Gabriel.

El abuelo estaba tumbado en la cueva y respiraba con dificultad, pero ya no tenía la expresión desencajada de dolor. Mina le había quitado la cinta adhesiva que llevaba en las manos limándola con una piedra y se las estaba frotando para que la sangre volviera a circular.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–Todo va bien –dijo Mina–. Gabriel tiene el fusil y dispara de vez en cuando, así que parece que están asustados.

–Santo cielo –dijo el abuelo–. Los niños no pueden manipular ese...

–Lo están haciendo –dijo Mina– bajo mis órdenes. Es una situación de emergencia.

–Pero es una irresponsabilidad... Por mi parte...

–Situación de emergencia –dijo Mina.

–¿Lo es? –preguntó el abuelo.

–¿Y tú cómo estás? –dijo Mina, mirándolo con gesto de preocupación, ya que seguía tumbado en el suelo.

–Mejor –dijo el abuelo–. Sentí una punzada en el corazón. Pensé que se acababa todo. ¿Cómo pudiste arrastrarme hasta aquí dentro?

–¡Bah! –dijo Mina–. Era una situación de emergencia, y Marcus y yo habíamos acordado que si había una emergencia, yo me encargaba.

–¿Estamos en... situación de emergencia?

–Así es –dijo Mina con calma.

Se quedaron en silencio. Todos esperaban. Marcus y Gabriel en la entrada de la cueva; Marcus se había hecho cargo del arma.

No se veía a nadie en la tercera cueva.

–¿Qué hacen? –dijo Gabriel.

Nadie contestó.

Estuvieron media hora en silencio absoluto.

–Pueden huir de dos modos –dijo el abuelo–. Uno de ellos por el aire, y el oso ya se ha encargado de eliminar esa posibilidad; y el otro siguiendo este camino de montaña. Y tienen una pistola. Varias tal vez.

Se quedaron callados de nuevo. Todos pensaban en lo que acababa de decir el

abuelo y en las consecuencias que ello conllevaba. No era nada divertido.

–En junio nunca oscurece por completo –dijo Marcus–. ¿Qué hacemos?

–Por lo que he oído –dijo Gabriel–, hay que apuntar a las rodillas. Puedo quedarme aquí vigilando con el fusil, si me dejáis.

–¿Cuántos años tienes, Gabriel? –preguntó Marcus.

–Siete –dijo Gabriel.

–Ya sabes que estamos en una situación de emergencia –dijo Marcus–. Y que los Kaláshnikov están prohibidos para menores de diez años. Y que no hay que disparar a las personas porque pueden morir. Incluso los rusos. No apuntes a las rodillas. No lo hagas nunca.

–¿En serio? –dijo Gabriel.

–Sí –dijo Marcus–. Yo tengo nueve. Dame el arma.

Entonces Mina se acercó a ellos.

Había estado revisando el interior de la segunda cueva. Quería verla de nuevo, porque ya había estado allí hacía tres años, cuando los asesinos de lobos se acercaron al atardecer y mamá loba estaba al fondo de la cueva y sostenía entre sus patas a su cachorro y todos pensaron que los cazadores de lobos los iban a matar. Quería ver el sitio otra vez y buscar a la loba muerta.

Su cachorro, que ya se había convertido en un lobo adulto, los había llamado a gritos pidiéndoles que le ayudaran a enterrarla.

–Venid –dijo Mina–. Voy a enseñaros algo.

Marcus se quedó en la entrada de la cueva, con el Kaláshnikov. Más allá, en la tercera cueva, todo estaba tranquilo y silencioso. Los narcotraficantes rusos se habían quedado, al parecer, paralizados por la confusión, o estaban planeando una venganza terrible. Mina entró primero, se agachó cuando el techo se hacía más bajo y a continuación se deslizó hasta entrar en el estrecho lecho de ramas donde yacía mamá loba.

Estaba muy flaca y demacrada, y enseguida se dieron cuenta de que estaba muerta. Estaba tumbada de lado, como si durmiera. Su aspecto no era desagradable. Mina les señaló algo y lo vieron; todos pudieron ver una herida de bala que tenía en la cadera izquierda. Le habían disparado y ella había logrado entrar arrastrándose a la cueva, donde había muerto.

Enseguida supieron quién le había disparado.

–Fueron ellos –dijo el abuelo–. Es por lo que el lobezno quería avisarnos y nos pidió ayuda. Fueron ellos los que la mataron.

Se quedaron un momento sentados delante de ella pensando en lo que les había dicho, en lo ocurrido tres años atrás y en cómo había muerto. Después, Gabriel fue andando a cuatro patas hasta la entrada, donde Marcus seguía vigilando, y se lo contó.

Se quedaron un momento en silencio, pensando en un montón de cosas, pero no dijeron nada.

–¡Dispararon a nuestra mamá loba! –dijo Marcus finalmente.

–Pero pudo llegar arrastrándose a la cueva. Y morir en paz.

El día había sido muy largo y a los dos les costó animarse tras saber lo que le había sucedido a mamá loba, pero al final lo lograron.

–Ahora sí que les apuntaré a las rodillas –dijo Marcus.

Eran las 02.20.

Junto a la tercera cueva apareció de repente el hombre que llevaba el chándal de Brekkeseter; saltó hasta el borde del acantilado y corrió hacia el helicóptero.

Se metió en la cabina; unos segundos después oyeron ponerse en marcha el motor; las palas del rotor que quedaban empezaron a moverse lentamente, luego más y más rápido. Unas enormes sacudidas lanzaban la máquina de un lado a otro; después de un chirrido penetrante, las palas del rotor se detuvieron produciendo un ruido violento, y luego un repentino silencio. La pala destrozada estaba tirada en el suelo como el ala de un ave.

–Es increíble –murmuró Marcus.

El helicóptero fue cayendo lentamente de lado, como un pájaro herido.

Todo quedó en silencio.

Alguien gritó. Silencio de nuevo. El hombre del chándal salió de la cabina de un salto, corrió agachado, dio una vuelta grande por la pista de aterrizaje y luego desapareció dentro la cueva.

–¿Qué están haciendo? –preguntó Gabriel–. ¿A qué esperan? ¿Qué vamos a hacer?

Estaba atardeciendo. El sol se había puesto.

–¿No tienes miedo, Marcus? –dijo Gabriel en voz baja–. Y tú, Mina, ¿tienes miedo? ¿Qué están haciendo?

En ese momento oyeron el ruido de unas patas en la pared de la montaña. Era un animal, pero no era ni un oso ni un lobo ni una serpiente. El oso, el lobo y la serpiente estaban ahí fuera vigilando en la noche de verano. Era Pelle quien volvía, deslizándose como una sombra gris, y entonces supieron que era el principio del fin.

El manzano en la cima de la montaña

1

¡Esas maravillosas noches de verano junto al lago Vällen!

¡La luz que no desaparecía nunca! ¡El tono rojo oscuro de las nubes estriadas en el oeste por encima de las montañas noruegas, el brillo de la superficie del agua! ¡El sol que solo había desaparecido una hora y que seguía ahí debajo del horizonte, lanzando la luz hacia el borde de las nubes! ¡Tantas noches que se habían quedado levantados hasta la medianoche y todavía había luz, y esa quietud del Vällen!

Y luego los niños siempre se decían los unos a los otros: «¡Esas maravillosas noches de verano junto al lago Vällen!».

Obviamente, en ese momento podían mirar el valle y el lago y las montañas y el horizonte, y podían decir: «Qué bonito es, qué noche tan maravillosa». Porque la noche era maravillosa, pero todos estaban muy cansados, y sabían que no podían dormirse, porque entonces estarían perdidos. Y que los cuatro delincuentes que estaban en la tercera cueva seguramente ya habían hecho planes y se habían dado cuenta de que el oso había estropeado el helicóptero y de que el único camino de huida era el que pasaba por delante de la segunda cueva.

En cierto modo, los cuatro hombres vestidos de negro lo sabían desde hacía tiempo, desde el día en que uno de ellos, por casualidad, encontró un libro sueco para niños traducido al lituano y vio en su interior un mapa que mostraba el camino para ir a una cueva inaccesible, pero donde, sin embargo, había cerca una roca plana en la que podía aterrizar un helicóptero. En la frontera entre Noruega y Suecia. Y a solo ciento veinte kilómetros de la que se solía denominar la capital europea de la heroína, es decir, Oslo.

Pero esa noche, justo cuando en la tercera cueva los planes ya estaban concretados, los niños estaban exhaustos y a punto de quedarse dormidos, y el lago Vällen estaba más hermoso, como estaba todas las noches a las dos, en ese preciso instante, llegó Pelle.

No se podían creer que le quedaran fuerzas.

Una de las balas del fusil automático ruso le había atravesado la oreja; sangró durante media hora, pero el dolor cesó con bastante rapidez. Sin embargo, sabía que tenía que darse prisa por el bien de los niños. Tenía que ir a Söderås. Se lanzó

montaña abajo, primero a pasos largos, luego llegó a la línea de árboles y tuvo que dejar la pista y seguir su brújula interior.

Cuando Gunilla lo vio en el patio de Söderås, solo habían transcurrido dos horas desde que recibió el disparo.

Se había parado dos veces a beber agua. La segunda vez, se inclinó sobre la superficie de agua de un pequeño estanque que se había formado en un riachuelo; entonces vio su propia cabeza y lo largo y enredado que tenía el bigote, y que tenía una oreja y la mitad de la cabeza manchadas de sangre.

Le dio miedo lo que vio y se asustó un poco, por lo que decidió no beber más agua hasta que llegara a Söderås.

Gunilla lo comprendió en cuanto lo vio. ¿Se lo habría transmitido Pelle a través de su energía luminosa? Ella nunca diría la verdad sobre eso.

Pero enseguida empezó a llamar por teléfono.

2

En esa ocasión la policía no dudó. Lo habían entendido.

Todo resultó sorprendentemente fácil, entraron con gran estruendo en el jardín de Söderås cuatro coches de policía, y Holt, el jefe de la policía de la zona occidental de Värmland, le dijo a Gunilla que debía saber que un policía de Torsby, llamado Furtenback y que era de Gräsmark, había sido retirado de su puesto de servicio hasta que finalizara una investigación interna respecto a sus posibles contactos con la mafia. Y Gunilla preguntó qué significaba posibles contactos con la mafia. Y el jefe de policía que se llamaba Holt y era de Sunne, le dijo que el punto en el que estaba en ese momento la investigación le impedía hacer más comentarios al respecto. Gunilla le dijo entonces que ya se había dado cuenta ella de que había algo raro en ese tal Furtenback que dijo ser de Gräsmark, porque Pelle había detectado unas señales extrañas y había alertado a Marcus.

El jefe de policía no quiso hacer ningún comentario y le pidió dejar el tema para otro momento.

Pero durante los últimos días, la policía, que también sospechaba, había averiguado bastantes cosas. Lo que no sabían era que allí arriba, en la cima de la Montaña de las Tres Cuevas, estaban los cuatro delincuentes, los tres niños y el abuelo, ni que se habían hecho prisioneros unos a otros, por así decirlo. Estaban atrapados entre sí. Los delincuentes, en la tercera cueva; los niños, en la segunda. Ni que el sapo negro de la muerte que utilizaron los delincuentes estaba destrozado. Ni que un Kaláshnikov había cambiado de dueño. Ni que los animales, el perro Pelle, un oso, un lobo y una serpiente, habían colaborado mucho en ello.

¿Cómo iban a saberlo? Pero ahora sabían que allí arriba, junto a la cima, justo

debajo de las nubes, estaban todos.

3

Decidieron rodear la tercera cueva; primero, un grupo de agentes atacaría por la cara oeste y llegaría a los puntos de entrada por los senderos que habían utilizado los niños para llegar a la cima; los dos helicópteros de la policía irían por el otro lado.

–¿Cómo llegamos hasta allí arriba? –preguntó el jefe de policía a Gunilla.

Ella miró a Pelle, que estaba en el suelo con la cabeza entre las patas, la oreja herida y el pelo revuelto, y le preguntó:

–¿Podrás hacerlo, Pelle?

Pelle, inmediatamente, se levantó.

Y no hubo ninguna duda al respecto.

–Pelle es experto en senderismo –dijo ella con los ojos repentinamente llenos de lágrimas. El jefe de policía Holt se dio cuenta, pero no dijo nada.

Así que emprendieron la marcha. Primero Pelle, luego Gunilla y, por último, seis policías. Cissi se quedó al cargo de los niños más pequeños, que permanecieron en Söderås, en el campamento base primero. Los helicópteros estaban estacionados en Kil y recibirían la orden de salida cuando llegara arriba el equipo de ataque del lado oeste, liderado por Pelle.

La Montaña de las Tres Cuevas sería liberada.

4

Mina era la que hacía guardia con el Kaláshnikov de los chicos en las rodillas cuando Pelle se deslizó en silencio dentro de la segunda cueva; se sorprendió tanto que empezó a dar gritos de alegría y, por unos segundos, olvidó vigilar el camino que conducía a la tercera cueva.



Precisamente entonces, los cuatro traficantes de droga rusos hicieron un intento de escapar y empezaron a acercarse sigilosamente a la segunda cueva. Entonces Mina se acordó de que tenía que vigilar, volvió a mirar hacia fuera después de abrazar a Pelle y vio a las figuras vestidas de negro salir de la cueva, que estaba a cien metros de distancia.

Se asustó muchísimo.

Olvidó llamar a los demás, simplemente cogió el arma, apretó el gatillo del Kaláshnikov y lanzó una salva ensordecedora en dirección al lago Vällén, que estaba en su mejor momento en medio de la noche azul de verano; pero también vio que las cuatro figuras volvieron a meter de cabeza por la entrada de la cueva y luego desaparecieron.

–Huy, perdona –dijo al caérsele el arma de las manos por la sorpresa del terrible estruendo. Pelle había saltado un par de metros hacia atrás y la miraba con ojos de reproche.

Luego se acercó el abuelo en su auxilio, aunque la situación ya no era tan peligrosa. Él se había apoyado un instante en la pared de la roca para planear el rescate y, sin saber cómo, se había quedado dormido. Se despertó por los disparos de Mina con el Kaláshnikov y se puso en pie desconcertado.

–Me he dormido –dijo avergonzado.

–¿Cómo te encuentras? –dijo Mina–. ¿Qué tal el corazón?

–Perfectamente.

–¿Tienes ganas de fumar otra vez?

–La verdad es que sí.

–Pues entonces vuelves a ser el mismo de siempre –dijo Mina aliviada.

–Pelle ha traído algo –dijo Gabriel.

Era cierto. Se habían olvidado de Pelle después de que Mina lanzara su lluvia de fuego en medio de la noche de verano, pero ahora lo entendían. El perro no dejaba de rascar el vientre del abuelo con una de las patas y por fin vieron que llevaba un mensaje enrollado en el collar.

El abuelo abrió el rollo, puso el papel delante y lo leyó.

RESCATE EN MARCHA. MANTENTE A LA ESPERA DE HELICÓPTEROS. CUBRIMOS EL CAMINO OCCIDENTAL. G.

Todos miraron a Pelle. Enseguida supieron lo que había hecho. Había llegado hasta abajo y ahora lideraba el equipo de rescate que venía por la ladera occidental de la montaña. Todavía jadeaba con fuerza y tenía el bigote lleno de tierra, sucio y mojado, y al fijarse en las orejas vieron que estaba herido; no lo sabían, pero se imaginaron que Pelle había sido el guía de una fuerza policial que, junto con Gunilla, estaba ya muy cerca de ellos; y seguramente el salvamento lo estuviera también.

–Pelle –dijo Marcus–. Eres increíble.

Veinte minutos después oyeron los helicópteros.

5

En uno de los lados, los helicópteros llevaban escrita la palabra POLICÍA, uno pertenecía al Servicio de Rescate de Värmland, el otro a la policía de Karlstad; ambos aterrizaron detrás del sapo negro averiado y pudieron ver salir de un salto a policías armados hasta los dientes que se dispersaron por la zona.

Transcurrieron otros cinco minutos de silencio absoluto; luego, desde abajo del barranco que había al sureste, todos oyeron una voz a través de un megáfono, procedente del grupo de ataque occidental. Una voz femenina que gritó en ruso:

–*Vy okruzheny, sdavajtes!*

No se lo podían creer.

–Es la abuela –dijo Gabriel echándose a llorar–. ¿Por qué habla así? ¿Qué dice? Quiero irme con ella.

–No sé –dijo el abuelo–, pero creo que son los últimos restos del curso de ruso que hizo Gunilla en los años setenta.

–¿Y qué dice?

–Tal vez sea un llamamiento a la rendición, diciéndoles que las fuerzas policiales son demasiado grandes, o algo por el estilo. O: «Libera a las mujeres rusas de la opresión soviética». O también: «¿Puede indicarme donde está el lavabo?».

El abuelo no estaba seguro de que Gunilla recordara mucho de lo que había aprendido en los setenta, ni de que pudiera entenderlo; pero al mismo tiempo estaba tan nervioso que no podía evitar bromear, y eso le avergonzaba.

–Por lo visto tengo ganas de fumar –dijo muy avergonzado, y Marcus se rio con ganas porque vio que el abuelo temblaba un poco.

Luego se quedó todo en silencio.

Cinco minutos después, Gabriel miró con cuidado hacia la esquina del acantilado; luego volvió a meter la cabeza.

–Parece que están lavando ropa –dijo–. Están colgando calzoncillos.

Mina miró también y pasó el informe:

–Han colgado un par de calzoncillos blancos en un palo. Creo que se están rindiendo.

Y así fue. Era la rendición.

6

El equipo policial de la zona occidental llegó al lugar donde estaban los niños a la vez que los efectivos que iban en helicóptero atrapaban a los cuatro rusos traficantes de heroína; tres vestidos de negro y uno con un chándal de Brekkeseter. Los metieron en los helicópteros uno a uno, los esposaron, les vendaron los ojos y dos policías, uno a cada lado, los iban sujetando con fuerza; los helicópteros despegaron en medio de un ruido terrible y en dirección al cielo de la mañana, desapareciendo luego por el este hacia Karlstad.

El jefe de policía de la zona occidental de Värmland entró en la tercera cueva a echar un vistazo, pero se limitó a sacudir la cabeza, como si no se creyera lo que estaba viendo, y dijo que era la mayor incautación de droga de la historia policial en Suecia, y que se preguntaba si los chicos sabían realmente lo peligroso que podría haber sido todo. El abuelo no dijo nada, pero Gunilla suspiró, y luego el jefe de policía prometió volver con detalles acerca de la investigación especial que estaban llevando a cabo sobre cierto policía de Gränsmark; pero el abuelo, en realidad, parecía más bien triste pensando en lo que podría haber pasado. Aunque, al parecer, Gunilla lo entendió y le dio un gran abrazo; enseguida, el celoso de Pelle

dio un salto intentando alcanzarles la cara para lamérsela y entonces, según dijo el abuelo, se sintió mejor.

Dos horas después volvería un helicóptero para llevarse a los niños, al abuelo, a Gunilla y a Pelle. Todos se abrazaron y lloraron y, repentinamente, los niños se dieron cuenta de lo cansados y hambrientos que estaban.

Pero aún quedaba algo. Algo muy importante. Lo habían tenido presente todo el tiempo, tal vez era lo más importante.

Era mamá loba.

Estuvieron buscando, y enseguida encontraron el sitio adecuado.

Estaba exactamente en la cima de la Montaña de las Tres Cuevas: un pozo de roca de unos sesenta centímetros de profundidad y, justo al lado, había un montón de piedras más bien pequeñas, muy adecuadas para formar un montículo o una tumba.

–Aquí –dijo el abuelo–, vamos a plantar un manzano para mamá loba, y aquí descansará.

Entraron en la cueva. Mamá loba no pesaba mucho, tal vez treinta kilos, y Mina y Gabriel decidieron llevarla entre los dos. Caminaban muy juntos, uno al lado del otro, y todo salió bien. La sacaron de la cueva y la subieron hasta la cima plana, metieron a mamá loba en el pozo y se quedaron un momento de pie mirándola.

Les pareció que dormía en paz y que tenía buen aspecto, a pesar de estar muerta. La pusieron de modo que no se viera la herida de la bala.

–Vamos a taparla –dijo el abuelo.

En media hora hicieron entre todos un montículo encima de ella. Después colocaron una gran losa plana encima.

–¿Es un manzano? –preguntó Gabriel.

–Sí, lo es –dijo el abuelo–. Como la queremos mucho, hemos decidido que descanse debajo de un manzano. Así que hemos hecho un manzano. Es nuestro deseo.

–¿Dónde está ella ahora? –preguntó Gabriel.

–Se ha evaporado –dijo Marcus–. Su alma se ha evaporado, como la de Mischa, y está corriendo por el valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas.

–¿Con Mischa?

–Sí, las dos juntas –dijo Marcus.

Justo cuando el sol de la mañana aparecía por el este, formando una franja amarilla en las montañas noruegas y ellos casi habían terminado de hacer el montículo, vieron al lobo y al oso.

No es que fueran juntos, sino que el oso estaba sentado en medio de la zona talada del sureste, cuatrocientos metros más allá; estaba sentado tranquilamente sobre su amplio culo y parecía que los miraba. Había aplastado un helicóptero y

había evitado que se escapara; era el vencedor y lo sabía, pero tal vez consideraba que no era necesario mostrarse orgulloso o triunfalista. Eso era lo que Marcus les contó a los demás. Pero entonces Gabriel señaló que en realidad fue gracias a la resuelta intervención de Petrus, y que fue la serpiente la que asustó a los delincuentes rusos o lituanos, o lo que fueran, y que por eso él pudo apoderarse del arma. «Un valor increíble», comentó el abuelo en voz baja y algo temblorosa. ¡Esa hermosa culebra negra que no era venenosa los había salvado! La misma que estaría en ese momento en alguna parte de la montaña mirándolos.

Y era la serpiente de Gabriel. Del mismo modo que el oso era de Marcus y el lobezno que ya se había hecho grande era el lobo de Mina. Todos asintieron, porque sabían que habían sido el oso, el lobo y también la serpiente los que, conjuntamente, los habían salvado.

El lobo estaba en lo alto del área talada. Inmóvil. Y en ese momento tuvieron la completa seguridad de que lo entendía todo, que los quería y que sabía que estaban haciendo un manzano de piedra encima de su madre, mamá loba.

El lobo estaba quieto. No aullaba. No era necesario.

Una vez, hacía casi una semana, se había pasado dos noches aullando.

Pelle lo había entendido; por eso habían ido en su ayuda y estaban enterrando a su madre. Y todo era como debía ser.

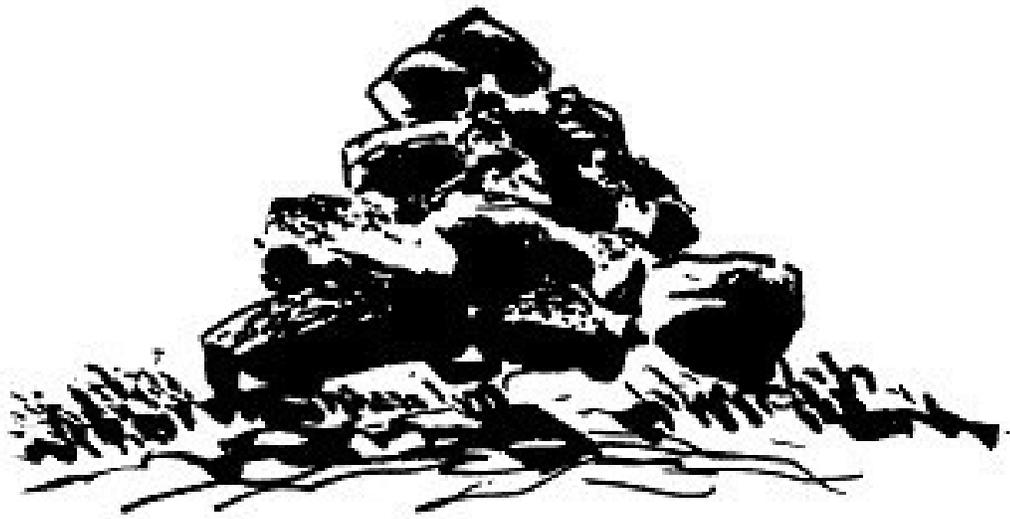
Terminaron de hacer la tumba que representaba un manzano, con la seguridad de que los animales, el oso, el lobo y la serpiente, estaban con ellos.

Luego cantaron el «Himno de Gloria», y el abuelo dijo unas breves palabras de recuerdo para mamá loba, agradeciéndole lo que había hecho por ellos. Luego dijo que creía que Mina debía decir las últimas palabras, ya que Marcus tenía al oso y Gabriel a la serpiente, así que era de justicia que Mina dijera lo último sobre mamá loba. Todos asintieron y les pareció bien, incluso a Pelle, que estaba allí sentado escuchándolo todo.

Así que Mina fue la última.

–Querida mamá loba –dijo–, que el bienestar y la suerte te acompañen en los siete mares.

Entonces supieron que la expedición había terminado.



Colección dirigida por Michi Strausfeld

Título original: *Den tredje grottans hemlighet*

Edición en formato digital: octubre de 2014

© De las ilustraciones del interior y de la cubierta, Katarina Strömgård, 2014

© Per Olov Enquist, 2014

First published by Rabén & Sjögren, Sweden, in 2010.

Published by agreement with Rabén & Sjögren Agency.

© De la traducción, Francisca Jiménez Pozuelo, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-89-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
La muerte de Mischa	4
El campamento abandonado	15
El mapa lituano	23
El enemigo desaparece	33
Marcus interviene	44
La señal del oso	50
La serpiente en la entrada de la cara norte	57
El cachorro de mamá loba	64
La aparición del enemigo	71
El oso interviene	79
El manzano en la cima de la montaña	88
Créditos	97